

El Paleolítico en España: balance en 2001

Pilar Utrilla*

RESUMEN

Se revisa el estado de los estudios acerca del Paleolítico en la Península Ibérica hasta 2001, utilizando los datos aportados por investigadores de diferentes comunidades autónomas; al final se realiza un balance global de la actividad.

SUMMARY

In this essay, a review of the state of the Palaeolithic studies in the Iberian Peninsula until 2001 is carried out, by using the data provided by several researchers from different regions; a global view of this activity is also presented.

Ante la petición de Antonio Beltrán, secretario general del XXVI Congreso Nacional de Arqueología, de realizar una puesta al día de la investigación del Paleolítico en España en los últimos años, he solicitado ayuda a mis colegas que trabajan en las diferentes comunidades autónomas, reservando para mí la síntesis sobre el valle del Ebro. El informe de la mayoría de ellos ha llegado a tiempo y debo agradecer su colaboración a J. Fortea, C. González Sainz, J. M. Fullola, V. Villaverde, F. Bernaldo de Quirós, A. Neira, J. Baena, C. Conde, M. López, J. Ramos, E. Vallespí, J. J. Fernández y J. A. Caro. Sus textos, a los cuales remitimos para las citas concretas, aparecen a continuación de este resumen. Para evitar repeticiones, consúltese la bibliografía conjunta al final¹.

Se han eliminado las citas anteriores a 1990 por la excesiva extensión de las referencias. Otros datos de algunas comunidades de las que no se han recibido informes en la fecha prevista han sido incorporados al texto general para no retrasar la publicación de las actas².

No hemos querido entrar en cuestiones metodológicas ni historiográficas, pues no era este el objeto de la ponencia, descartando además una visión crítica de las actuaciones, ya que pensamos que esta debe hacerse de modo serio, ecuánime y valorando el momento y el lugar en que se realizaron. Se necesita mucho tiempo, del que no disponemos, para leer todas las publicaciones referidas a un yacimiento. Si solo se escogen aquellas que convienen a la tesis que se pretende defender, olvidando las que la matizan o completan, se obtiene una visión sesgada de la investigación, lo que convierte un trabajo, en principio interesante, en un intento fallido. Sobre el tema véase el número monográfico que dedica a la historiografía la revista *Espacio, Tiempo y Forma* (10, 1997), titulado «Tendencias actuales de la investigación», muy interesante pero en el que se echa en falta la investigación paleolítica en el ámbito mediterráneo (valle del Ebro, Cataluña y País Valenciano), y el reciente libro *Piedra a piedra* (ESTÉVEZ y VILA, 1999).

* Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Universidad de Zaragoza. C/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza.

¹ Véase apéndice 3, pp. 75-97.

² En diciembre de 2004 no se tiene noticia de que se vaya a publicar las actas del XXVI CNA, celebrado en Zaragoza, por lo que he optado por incorporar este texto a las actas del XXVII, celebrado en Huesca en 2003, ya que no tendría sentido publicar una actualización si no ha aparecido todavía el cuerpo principal.

UN «RECORRIDO AUTONÓMICO» POR LA INVESTIGACIÓN PALEOLÍTICA

En Galicia, César Llana nos ha señalado hallazgos paleolíticos en Pena Xiboi (Lugo) —Aziliense— y Chao de Limo (La Coruña) y Curro Vello (Lugo) —ambos con Paleolítico superior indeterminado—, que vienen a sumarse a la conocida cueva de La Valiña.

En Asturias, el abrigo de la Viña, excavado por J. Fortea, ha entregado Musteriense en los niveles IB y IA, XIV y XIII basal, este último con cuchillos de dorso retocados (uno de ellos punta de Chatelperron) y hendedores bifaciales. Los estratos XIII inferior y XIII pertenecen al Auriñaciense arcaico y al Auriñaciense I, con una azagaya de base hendida. En el tramo comprendido entre los niveles XII y III se van sucediendo el resto del Auriñaciense, el Perigordienense con Noailles, el Perigordienense final, Solutrense, Solutrense con puntas de muesca y base cóncava, Magdaleniense medio y Magdaleniense superior. Véanse las fechas y su comentario en el informe sobre Asturias de J. Fortea.

En Llonín (Fortea, Rasilla y Rodríguez) se han exhumado las estructuras del Cono Posterior con cinco conjuntos en el nivel VI. Se trata de acumulaciones de huesos provocadas por lobos que han sido modificados por el hombre. Así, existe en el conjunto I un túmulo de piedras sobre los huesos; una *cista* en el V con un cráneo de cabra en su interior y un cráneo de leopardo en el conjunto II rodeado de cinco trozos de estalactita.

La estratigrafía se observa en cinco sectores diferentes y comprende Aziliense, Magdaleniense (superior, medio y arcaico), Solutrense con puntas de muesca y base cóncava, Gravetiense final y Musteriense. El panel pintado presenta nuevas figuras, que van del Gravetiense final al Magdaleniense superior.

En Caldas (Corchón) la sala I ha entregado niveles del Solutrense superior (11c a 12, con un hogar oval con murete de bloques y cantos construido sobre una zanja previa) y del Solutrense medio (niveles 13 a 19). Incremento de *equus* y *bos* en los dos niveles más bajos y de *cervus* en los niveles superiores.

En El Buxu (Menéndez) se han documentado plaquetas grabadas en los niveles más profundos del Solutrense, que pudieran ser indicio de la existencia de un santuario exterior anterior, del Paleolítico superior inicial, hoy desaparecido. Además se han reconocido niveles del Solutrense Terminal (1) y Solutrense superior (2 y 3). La fauna de cabras, rebecos y ciervos se centra en los individuos más débiles (infantiles y seniles). El Buxu fue ocupado en prima-

vera y comienzos del verano y sería durante el Solutrense superior un santuario de tectiformes.

En La Güelga (Menéndez y García Sánchez) se documenta un interesante lote de piezas de arte mueble, además de una flauta hecha en un hueso de ave y un fragmento de asta con el grabado de una cabra en visión frontal. Dos nuevas fechas similares a la ya conocida en torno al 14 000 sitúan el nivel en los confines del Magdaleniense inferior, enmarcable en la facies Juyo, según los autores.

En arte destaca la pequeña cueva de Torneiros, que presenta caballos de cuello arqueado y ciervas trilineales similares a las de La Lluera. Situado junto a la cueva del Conde y cerca de Santo Adriano, eleva a once el número de santuarios exteriores en la cuenca media del Nalón.

En Cantabria ha habido actuaciones en la cueva de Cualventi (García Guinea) la cual presenta una amplia secuencia que abarca desde el Magdaleniense inferior al Aziliense; de La Pila (Bernaldo de Quirós) se han publicado trabajos sobre piezas de arte mobiliario, dataciones, molar humano, industrias líticas, tecnología ósea (agujas), etc.; el yacimiento La Verde (Montes y Muñoz) al aire libre presenta materiales líticos de tipología achelense; en El Linar (Montes y Sanguino) se realizó una excavación que afectó a niveles de cronología magdaleniense.

Entre las grandes excavaciones han finalizado los trabajos de campo de la cueva de El Juyo con 3 m de potencia media y doce niveles. La excavación extensiva de 45 m² ha estado orientada al estudio de la vida cotidiana durante el Magdaleniense inferior, destacando las estructuras detectadas en sus niveles 4 (ya en una cronología del Magdaleniense medio), 6 y 8 (González Echegaray y Freeman).

También han finalizado las excavaciones en El Pendo, orientadas a la contextualización de niveles antiguos del Paleolítico medio (R. Montes), aunque lo más interesante ha sido el descubrimiento en el fondo de la gran sala de un magnífico friso con figuraciones de ciervas similares a las de Pasiega y Covallanas. Merece una visita.

Entre las excavaciones todavía abiertas destacan el Castillo, con una excavación extensa del famoso nivel 18, debido a la discusión generada sobre la cronología de la transición Musteriense-Auriñaciense en torno al 40 000, del que existe una inabarcable bibliografía. Se ha encontrado además una pieza dentaria de hombre de Neanderthal en los niveles musterien- ses, a la que se añade otra de la cueva del Esquilleu.

En la cueva de La Garma, clausurada desde finales del Magdaleniense y con evidencias de ocupación

en superficie al parecer intactas, se trabaja sobre la estructuración espacial del asentamiento y sobre su vinculación con las manifestaciones parietales (Arias, González Sainz, Moure y Ontañón).

El Mirón (Straus, González Morales), en el núcleo de Ramales y fácil de conectar como lugar de habitación para los santuarios rupestres de la zona, ha entregado Epipaleolítico y una buena serie estratigráfica para todo el Magdaleniense y Solutrense, con cuarenta fechas de radiocarbono. Cercana está la cueva del Horno (Fano) con una interesante secuencia del Magdaleniense reciente y el Aziliense.

En la comarca de Liébana se ubica la cueva del Esquilieu (Baena) con una amplia secuencia musteriense y de inicios del Paleolítico superior, con espectros cinéticos tan polarizados sobre una especie como los mejor conocidos del Paleolítico superior.

En el arte rupestre existen interesantes novedades en La Garma (con noventa figuras animales, entre las que destacan ciervas, bisontes y caballos, junto a cuarenta y una manos negativas), El Pendo y Urdiales, y nuevas cuevas como La Llosa, Calero II, Cofresnedo y Los Moros. Se han publicado nuevas figuras en La Pasiega, La Cullalvera, Las Monedas, Chufín, Hornos de la Peña, Pondra y Arco. A destacar en este último el hallazgo de un mamut grabado con arco ventral, similar a otros ejemplos antiguos del Ardèche (Chauvet, Chabot), el Lot (Pech Merle, Cognac, Rocadour) y Dordoña (La Grèze). Muy sugestivas han sido las primeras dataciones por TL de grabados y pinturas rojas a través de las costras que los enmarcan (La Garma, Pondra y Venta de la Perra, esta ya en Vizcaya), lo que viene a sumarse al repertorio de dataciones por AMS que afectan a las pinturas negras magdalenienses. Ambos procedimientos confirman en general la supuesta datación estilística de las figuraciones. En arte mueble destaca una magnífica espátula en La Garma con representación en relieve de una cabra montés por ambas caras.

En País Vasco son muy interesantes los yacimientos del Paleolítico superior inicial excavados en los últimos años. Así Labeko-koba (A. Arrizabalaga), con amplia secuencia estratigráfica pero fechas de C^{14} poco coherentes: Chatelperron (IX: 29 750 a 34 215), Protoauriñaciense (VII: 26 910), Auriñaciense antiguo (VI, con una azagaya de base hendida), Auriñaciense típico (V: 30 615 y IV: 21 665). En la ría de Guernica, M. Aguirre ha excavado Antoliñako-koba, con una completa secuencia que entrega Gravetiense (27 390), Solutrense medio y superior (19 280), Magdaleniense Arcaico, Magdaleniense inferior (14 680) y Magdaleniense medio y superior, secuencia que se completa

con la de Laminak II, con Magdaleniense final (11 700) y Aziliense (10 380). En Vizcaya, E. Berganza ha excavado el yacimiento de Santa Catalina, con un magnífico arpon de una hilera de dientes en un nivel Magdaleniense superior; en Guipúzcoa, J. Altuna ha reanudado las excavaciones en Aitzbitarte III, con ocupación solutrense, y en Álava A. Sáenz de Buruaga ha continuado sus excavaciones en Arrillor con niveles musterienses.

En Cataluña, la transición Paleolítico medio-superior ha entregado nuevos estudios sobre el Abric Romaní en el Congreso *The last neanderthals* (Carbonell) y otros posteriores (Vila-Real). A ellos se añaden las síntesis del Congreso de Forlì sobre el Paleolítico superior inicial, ya sea sobre el Auriñaciense (Sacchi *et alii*) o sobre el Gravetiense (Soler y Maroto). Además, han sido atribuidos al Paleolítico superior inicial los yacimientos de Pont de Goi (Vaquero) y La Griera, gravetiense (Bergadà).

Para el Magdaleniense existen novedades en El Parco y Montlleó (Lérida). Se han comprobado y datado los niveles de Maluquer de Motes y se han excavado los niveles epipaleolíticos microlaminares (Fullola y equipo), con fechas en torno al 11 000, que llevan a pensar en un Aziliense. Estudio sedimentológico de Bergadà publicado en las BAR y de otros autores para polen, fitolitos, materias primas y traecología. En la Cerdaña el yacimiento de Montlleó, al aire libre y a 1130 m de altura, se ha datado en 15 440 \pm 40 BP, con industria lítica magdaleniense a base de pequeños triángulos escalenos. En Bora Gran d'en Carreras se ha podido fechar un diente de *Rangifer tarandus* en 13 080 \pm 90 BP y 12 830 \pm 80 BP, lo que supone confirmación del Magdaleniense superior que se había propuesto.

En País Valenciano los yacimientos más importantes excavados en estos últimos años son Bolomor para el Paleolítico inferior (Fernández Peris), Salt para Musteriense (Galván), donde han aparecido restos dentales del hombre de Neanderthal y Cendres (Villaverde) para Paleolítico superior, en especial Magdaleniense. Se han excavado ya los niveles solutrenses y han alcanzado los gravetienses, con una fecha de 24 800 BP. En Denia, la cueva Horadada, excavada por Casabó, ha entregado niveles del Paleolítico superior inicial con fechas a partir de 29 940 BP, similares a las de Mallaetes y Beneito. También han aparecido restos humanos mezclados con restos de fauna que reabren la discusión sobre la existencia de canibalismo.

La transición del Tardiglacial al Holoceno presenta una interesante secuencia en Tossal de la Roca

(Cacho, 1995) y Santa Maira (Aura), esta última con un nivel microlaminar atribuible al Magdaleniense final y con fechas en torno al 11 000.

En el arte parietal es significativo el hallazgo cerca de Matutano, en Castellón, del abrigo d'en Melià, con grabados finos de cápridos y un pequeño bóvido.

En Castilla-León, además de los clásicos yacimientos del Paleolítico inferior de Atapuerca (Bermúdez de Castro, Arsuaga, Carbonell y Rodríguez) y Torralba-Ambrona (Santonja, Pérez González, Mora), que no necesitan mayor divulgación, destacan novedades en el Paleolítico medio, donde se han publicado nuevas fechas para La Ermita (31 100 BP) quizá demasiado recientes pero que no desentonan en un musteriense «al sur del Ebro» (MOURE *et alii*, 1997). Entre los yacimientos al aire libre debe reseñarse el libro de F. Díez Martín (2000) sobre el poblamiento paleolítico en los páramos del Duero, que saca todo el partido posible a yacimientos inciertos de superficie.

También hay nuevos datos en el Paleolítico superior, en especial en los yacimientos leoneses del alto Esla, entre los que destaca la cueva de la Uña (Magdaleniense final-Aziliense), con fragmentos de arpones planos y plaquitas de piedra con motivos geométricos de líneas verticales paralelas (Neira y Bernaldo de Quirós). El Espertín ha abandonado su cronología pleistocena y ha pasado a ser epipaleolítico geométrico, tras obtener una fecha de 7790 ± 120 BP para industrias de componente geométrico, lo cual es todavía más interesante en aquella zona, siendo por tanto contemporáneo de los yacimientos de Álava (Mendandía, Kanpanoste) y del Bajo Aragón (Baños, Botiquería, Costalena, Pontet).

El yacimiento salmantino al aire libre de La Dehesa en Béjar, catalogable en un Magdaleniense superior-final (Fabián) y el segoviano de Estebanvela (Cacho, Ripoll y Municio), con plaquitas grabadas con motivos reticulados y una industria a base de micro-raspadores unguiformes, completan los hallazgos de los últimos años. En arte rupestre han aparecido dos magníficas monografías: la del equipo de Corchón (La Griega) y la de Ripoll y Municio (Domingo García).

En Extremadura la cueva de Maltravieso en Cáceres también ha sido objeto de una detallada monografía (S. Ripoll), documentando setenta y una manos con falanges incompletas asociadas a digitaciones, meandros y triángulos en rojo de época gravetienense. Algunos grabados de cérvido, équido y bóvido son de época más reciente (Solutrense final-Magdaleniense inicial). También la cueva de La Mina de Ibor posee representaciones de caballos y ciervos de trazo fino atribuibles a un momento inicial del Magdaleniense.

En Madrid los yacimientos paleolíticos se limitan a urgencias provocadas por la expansión urbana de la ciudad. Intento de superación en proyectos sobre la secuencia del Jarama (Rodríguez, Santonja y Pérez), y dataciones absolutas en la unidad Arganda IV (Baena y López).

En Castilla-La Mancha se han localizado conjuntos de bifaces en Pantoja (Enamorado), junto a otros muy dudosos en Talavera.

En Guadalajara, intensa actividad paleolítica en el valle del Jarama, llevada a cabo por el equipo de F. J. Jordá y García Valero (Jarama I y II, con ocupaciones de Paleolítico superior y evidencias de arte mueble, y Jarama VI, musteriense). En la década de los noventa del pasado siglo, el equipo de la Universidad de Alcalá, dirigido por R. Balbín y Alcolea, incide en la revisión del arte paleolítico (Los Casares, La Hoz, Cueva del Reno y del Turismo), y el de G. Valero y J. Pastor en las industrias del Sorbe.

En Ciudad Real se han realizado prospecciones en Casa de la Mina II (Argamasilla de Alba) (Martín Blanco). En Cuenca, el abrigo de Buendía, con un Magdaleniense datado en 14 380, se suma al conocido de Verdelpino (Cacho y Pérez) y en el alto Segura Córdoba y Vega han localizado yacimientos del Epipaleolítico Microlaminar (Tus, Molino del Vadico), quizá del Magdaleniense final (S. Ripoll).

El abrigo de Palomar en la sierra de Alcaraz entrega materiales solutrenses. Martínez Andreu ha publicado en el Congreso de Bañolas una buena síntesis sobre el final del Paleolítico en las tierras bajas del sureste (Almería y Murcia), en relación a los principales corredores naturales. Un entorno más diversificado acoge nuevos yacimientos a fines del Paleolítico superior.

En Andalucía, la actuación por provincias ha sido intensa en Cádiz, donde se han desarrollado proyectos en el Guadalete (Giles), en Gibraltar (Finlayson y Giles), en la campiña litoral y bahía de Cádiz (Ramos y Arteaga), y arte rupestre en la zona de Tarifa (Martí Mas y S. Ripoll).

En Huelva existe el proyecto Odiel (Nocete), que ha registrado también yacimientos líticos y uno de reconstrucción del nivel del mar en el Tardiglacial y Holoceno a cargo de Rodríguez Vidal.

En Málaga, el equipo de Aura y Sanchidrián trabaja en Nerja, documentando la secuencia de la sala del vestíbulo: Gravetienense (13 a 11), Solutrense medio-superior (10 a 8), Magdaleniense superior (7 a 5) y Epipaleolítico (3), aunque asociado a una fosa neolítica; el equipo de Cantalejo continúa trabajando en Ardales; Cortés y Simón siguen en el interesante

yacimiento auriñaciense de Bajondillo en Torremolinos, y Julián Ramos y J. Durán en el Complejo del Humo. Se ha iniciado un proyecto sobre terrazas cuaternarias en el Guadalhorce (J. Durán *et alii*).

En Córdoba destacan las excavaciones en la cueva del Pirulejo (Priego de Córdoba), con una interesante secuencia magdaleniense, de la que destaca una azagaya decorada con trazo sinuoso que recuerda motivos cantábricos (La Pasiega, Hornos de la Peña). Miguel Cortés, M.^a Dolores Asquerino y José Luis Sanchidrián han llevado a cabo los últimos trabajos, completados por los estudios de materias primas de M.^a Dolores Simón y de elementos ornamentales de Victoria E. Muñoz. Hay que destacar la existencia de abundante malacofauna en un yacimiento que dista 80 km de la costa.

En Jaén, la clásica cueva del Nacimiento, en las fuentes del Segura, ha visto acompañada su ocupación magdaleniense del 11 250 BP por otros yacimientos contemporáneos de la zona, según las últimas publicaciones de G. Rodríguez en el Congreso de Zamora. Las pinturas paleolíticas del Morrón confirmarían la presencia Paleolítico superior en la provincia.

Materiales de aspecto solutrense se han localizado en la Peña de la Grieta (Porcuna, Jaén) (ARTEAGA, RAMOS y ROOS, 1998), que vienen a acompañar la ocupación no lejana de cueva Ambrosio en Almería, con niveles del Solutrense medio y superior datados en torno a 16 500 BP, o a las claras puntas de escotadura localizadas en 1979 en el pantano de Cubillas (Albolote, Granada). Como novedad, la aparición en cueva Ambrosio de estructuras de combustión y de nuevas figuras rupestres que representan aves, un bóvido y équidos, algunas de ellas cubiertas por niveles solutrenses (RIPOLL *et alii*, 1997b).

Para el Paleolítico inferior es fundamental la secuencia de la Depresión Guadix-Baza, conectada con la estratigrafía de Solana de Zamborino y la del Guadalquivir inferior. En la zona de Orce, excavaciones de control y revisión de Fuente Nueva 3 y de Barranco León, con nuevos registros paleolíticos. En el Bajo Guadalquivir son más de cuarenta y cinco yacimientos y más de treinta localizaciones, con sus registros líticos extraídos del perfil estratigráfico (Fernández y Caro). En el Corbones la totalidad de localizaciones suman más de doscientos, en superficie pero asociadas por su posición y concreciones de matriz a las formaciones sedimentarias de este río. En el Paleolítico medio la discusión se ha centrado en torno a la tardía extinción de los neanderthales en yacimientos como Zafarraya (Málaga), con fechas

recientes discutidas por algunos autores, así como el tránsito al Paleolítico superior, en el que han intervenido dos estratigrafías: una clásica, la de Carigüella (Granada), con sus restos de hombre moderno, que hay que poner en valor real, y otra reciente, la de Bajondillo, con un nivel auriñaciense que ha levantado polémica.

En arte rupestre ha habido nuevos descubrimientos, como la cueva del Moro (Bergmann; Ripoll y Mas), la cueva de Atlanterra (Ripoll y Mas), Manga de Villaluenga (Giles) y Gibraltar (Balbín). Se han documentado grabados y pinturas de cérvidos, caprinos, équidos, así como motivos lineales y series de trazos y puntos.

Sanchidrián ha estudiado con modelos estructurales los paneles de la cueva de la Pileta. Su análisis sugiere diferentes ocupaciones desde la óptica estilística (Solutrense y Magdaleniense avanzado).

En el valle del Ebro hemos realizado este mismo año tres síntesis, a las cuales remitimos para una bibliografía detallada: una para el homenaje a E. Vallespí en la revista *SPAL* de Sevilla (UTRILLA, 2000a), otra para la revista *Casaraugusta* sobre la actualización de la arqueología aragonesa (UTRILLA, 2001) y una tercera para la exposición *La Rioja: tierra abierta*, sobre la Prehistoria riojana (UTRILLA, 2000b). Las novedades sobre Paleolítico inferior y medio son para Aragón el hallazgo en Cuesta de la Bajada (Teruel) de un yacimiento del Pleistoceno medio, con un 137 900 como fecha mínima, que contenía restos de *Elephas antiquus* e industria de tipos pequeños (SANTONJA *et alii*, 2000). También en Monteagudo del Castillo (Teruel), Utrilla y Tilo han encontrado microindustria a base de raspadores carenados y perforadores asociados a un cazadero de caballos y bóvidos, que todavía no ha podido ser datado. En La Rioja han aparecido nuevos hendedores en la zona de Badarán (UTRILLA, 2000) que se suman a las doscientas piezas bifaciales publicadas con anterioridad. En los alrededores, la cueva de Santa Águeda entregó hace unos años restos humanos que hoy están desaparecidos.

En el Musteriense lo más interesante ha sido el estudio tafonómico de F. BLASCO (1995) sobre los restos óseos de la cueva de Gabasa, completados por el estudio microespacial y de interpretación funcional presentado al Coloquio de Capellades (BLASCO, MONTES y UTRILLA, 1996). En el Coloquio de Foz Côa de 1998 se han publicado sus dataciones AMS (MONTES, UTRILLA y HEDGES, 2001) a partir del 39 000 BP para el nivel superior hasta > 55 000 para el inferior, junto al primer avance de los hallazgos del

hombre de Neanderthal, al menos restos de 3 individuos revueltos con la fauna (LORENZO y MONTES, 2001).

Para La Rioja se ha publicado en el mismo Coloquio la datación AMS de Peña Miel, 37 700 BP, para una muestra obtenida de la parte superior del nivel C, auriñaciense en la cima, en contacto con un musteriense en su base (MONTES, UTRILLA y HEDGES, 2001). El yacimiento se ha estudiado desde el punto de vista tafonómico y se ha interpretado como lugar de hábitat frente a Gabasa, catalogado como cazadero. Ambos presentaban idéntica industria lítica (y por tanto la misma *facies*) pero muy diferentes patrones de subsistencia (BLASCO, MONTES y UTRILLA, 1996).

En Navarra el nivel H de la cueva de Abautz entregó, en las campañas de 1995 y 1996, dos bifaces y once hendedores, dos de ellos bastante evolucionados, en un nivel con 1564 restos de oso de las cavernas (no afectados por marcas antrópicas) y algunos ungulados (ciervos, sarríos, cabras, *bos* y caballos) (MAZO y UTRILLA, 1996). Poseemos cinco fechas inéditas, en torno al 30 000, obtenidas según la técnica de ESR por W. J. Rink, y una datación por AMS > 45 000, que parece más coherente con la industria, a no ser que se acepte una perduración tardía de los neanderthales al norte del Ebro.

En Paleolítico superior inicial hemos asistido al primer hallazgo en territorio aragonés en el abrigo de Ángel (Ladruñán, Teruel), con un nivel datado en 25 330 BP (Utrilla y Domingo, inédito). Esta etapa está presente también en Navarra con fechas de 26 470 para Alkerdi, 28 870 para Zatoya y restos gravetienses al aire libre en Urbasa (Mugarduia sur), que no han podido ser datados (BARANDIARÁN y CAVA, e. p.).

En el Magdaleniense han finalizado las excavaciones de los asentamientos de Chaves y Forcas en la provincia de Huesca, cuyas monografías se hallan en preparación. En la Zaragoza prepirenaica, el abrigo de Peña 14 de Biel, que acaba de ser excavado por Montes y Domingo, entrega un nivel D de tipo aziliense, con fechas entre 10 630 y 10 160 BP, similares a las de la Peña del Diablo y que continúa, como en Forcas, con niveles macrolíticos y del Epipaleolítico Geométrico.

En la ruta de acceso a la Meseta ha aparecido un nuevo núcleo en el valle del Henar, afluente del Jalón. Se trata del abrigo de la Peña del Diablo, de Cetina (10 760 BP), completado, ya en la provincia de Soría, por el abrigo Vergara (14 000 BP) y el abrigo Alexandre (15 370 BP), ambos en Deza. Los tres se ocupan en etapas frías del Tardiglacial (Dryas I y

III) en una zona con presencia de aguas termales (UTRILLA y BLASCO, 2000).

En Navarra, Barandiarán y Cava han terminado también las excavaciones en Berroberría y Zatoya y preparan las memorias correspondientes. En la cueva de Abautz, las últimas campañas han completado la superficie del asentamiento magdaleniense, diferenciando dos ocupaciones: el ya conocido nivel E, con una datación de 13 500 BP para una industria ósea similar a la de Caldas, Tito Bustillo o Isturitz en sus niveles del Magdaleniense medio-superior y un nivel Magdaleniense final, datado en 11 700 BP, que contenía tres magníficas piezas de arte mueble en piedra con representaciones de cabras y ciervos (en posición frontal y de perfil), caballos, bóvidos y antropomorfos (UTRILLA y MAZO, 1996).

En arte rupestre han aparecido interesantes grabados en la provincia de Teruel. Se trata de Roca Hernando en el valle del Mijares, en la ruta de acceso al País Valenciano, con grabados de trazo profundo que presentan figuras incompletas, entre las que puede reconocer una cabeza de ciervo o uro y dos posibles bisontes, que llevarían a sugerir una cronología en el Paleolítico superior inicial, todavía incierta pero no descartable, dada la existencia de un nivel gravetiense en el abrigo de Ángel, de Ladruñán, datado en 25 330 BP (UTRILLA, VILLAVERDE y MARTÍNEZ, 2001). En Fuente del Trucho, con similares grabados en su panel exterior, muy toscos y profundos, se han obtenido fechas sorprendentes para los niveles musterienses que encajan mejor en las figuraciones de manos (22 460 BP) o de caballos (19 060 BP) (MIR, 1998). Una revisión en curso de sus pinturas por parte de S. Ripoll está ampliando el número de ejemplares, tal como ocurrió en Maltravieso. En cuanto a los ciervos con grabado fino de trazo estriado del Barranco Hondo de Ladruñán, para los que en alguna ocasión hemos sugerido una cronología paleolítica, debe descartarse la misma, ya que en 2002 hemos localizado junto a ellos tres arqueros longilíneos de indudable factura de arte levantino. (UTRILLA y VILLAVERDE, 2004).

UNA VISIÓN DE CONJUNTO DE LOS HALLAZGOS PRINCIPALES

Como síntesis del recorrido autonómico que acabamos de esbozar señalaremos los temas que en estos últimos años han causado mayor impacto en la investigación paleolítica:

1. El yacimiento de Atapuerca, con una fuerte

proyección social y una acertada política de *marketing*, ha puesto de moda el estudio del Paleolítico inferior en la Península. Si bien el yacimiento citado es excepcional por su contenido, no desmerecen los estudios de Santonja, Mora y Pérez González y en el conjunto de Torralba-Ambrona y en Cuesta de la Bajada de Teruel, o los de Fernández Peris en la cueva de Bolomor, con una interesante estratigrafía que prolonga hacia abajo la de Cova Negra y que permite sistematizar en tres etapas la evolución tecnopológica de los complejos del tránsito del Paleolítico inferior al medio. Completan el panorama los hallazgos de bifaces y hendedores de R. Montes en las cercanías de Altamira o en La Verde en el valle de Camargo; o los de las terrazas del río Guadalhorce, la depresión Cúllar-Baza en Andalucía o del río Najerilla en La Rioja, distantes solo 60 km del yacimiento burgalés.

2. Se ha agudizado la discusión sobre el paso del Paleolítico medio al superior, con el tema estrella de la extinción tardía de los neanderthales y el Ebro como supuesta frontera (ZILHÃO, 2000a). La Península Ibérica ha aportado en estos últimos años datos de interés:

- Por una parte, la implantación de nuevas técnicas de datación (AMS, ESR; TL, uranio-torio) ha propiciado la aparición de fechas muy antiguas, en torno a 40 ka, en niveles auriñacienses (Castillo, Arbreda, Reclau Viver, Abric Romaní...), aunque en algún caso corresponden a dudosas excavaciones antiguas o están sometidas a fuertes polémicas.
- Por otra, se han producido hallazgos de neanderthales muy tardíos en Andalucía (Zafarraya principalmente) y Portugal (Lapa dos Furos, Figueira Brava, Salemas, Columbeira, Caldeirao...), incluso con personajes híbridos, como el niño de Lagar Velho.

3. Se han producido nuevos hallazgos de restos neanderthales en distintos yacimientos peninsulares. Citemos los del Salt en Alicante (B. Galván), Esquilleu en Liébana (J. Baena), Castillo (V. Cabrera) también en Cantabria o Gabasa en Huesca (P. Utrilla y L. Montes). Los del Boquete de Zafarraya (C. Barroso) son los más espectaculares. Para el Auriñaciense son interesantes los restos de Cueva Foradada en Játiva, con huellas de descarnado (J. Casabó).

4. Se han documentado yacimientos del Paleolítico superior inicial en lugares poco habituales. Así, el abrigo de Ángel en la provincia de Teruel (Utrilla y Domingo); los niveles gravetienses de Alquerdi, Zatoya y Mugarduia sur en Navarra (Barandiarán y

Cava); los niveles de Cendres (V. Villaverde), Benito (Iturbe y Cortell) y Cueva Foradada (J. Casabó) en el País Valenciano; cueva Bajondillo (Cortés y Simón) en Málaga, o los asentamientos antiguos del conjunto de Foz Côa (T. Aubry; A. F. Carvalho) en Portugal. Estos yacimientos se suman a los excavados en zona clásica, con una muy interesante secuencia para La Viña y Llonín (J. Fortea y M. de la Rasilla) en Asturias o Antoliñako-koba (M. Aguirre) en Vizcaya.

5. El Solutrense está más extendido que el periodo anterior pero deben reseñarse los últimos hallazgos de Caldas (S. Corchón), Llonín (Fortea y Rasilla) y El Buxu (M. Menéndez) en Asturias; de El Mirón (Straus y G. Morales) en Cantabria; de Antoliñako-koba (Aguirre) y Aitzbitarte III (Altuna) en el País Vasco; de Abauntz (Utrilla y Mazo) en Navarra; de Cendres (Villaverde) en el País Valenciano y los andaluces de cueva Ambrosio en Almería (S. Ripoll y equipo), Peña de la Grieta en Jaén (Arteaga, Ramos y Roos), Peña de los Ojos (Toro) en Granada o diversos restos de la provincia de Cádiz (J. Ramos *et alii*).

6. Los asentamientos magdalenenses son todavía más numerosos. Citaremos sólo aquellos que aparecen en lugares no habituales, como el alto valle del Esla en León, con cuevas como la de la Uña (Bernaldo de Quirós y Neira); el Sistema Central, como Estebanvela (C. Cacho, S. Ripoll y L. Municio) en Segovia; el Sistema Ibérico, como los hallazgos del río Henar, con cuatro abrigos magdalenenses (P. Utrilla y F. Blasco) en el límite de las provincias de Zaragoza (Peña del Diablo, de Cetina) y Soria (abrigos de Deza), o la cueva Bolichera de Cálcena, con un arpón de una hilera de dientes (J. Millán, C. Mazo), o las serranías cordobesas con El Pirulejo (Asquerino *et alii*). En el sureste destaca la secuencia de Tossal de la Roca (Cacho) y algunos curiosos yacimientos de la provincia de Murcia, como Los Mejillones (Martínez Andreu). También son novedad algunos yacimientos magdalenenses al aire libre como el de Montlleó en Lérida, el de La Dehesa en Salamanca (Fabián), el de Buendía en Cuenca (Cacho y Pérez) o los descubiertos en término de Foz Côa (Aubry, Carvalho), que se pueden conectar con los grabados parietales de la zona.

7. El arte rupestre también ha entregado interesantes hallazgos en lugares o épocas no habituales: así, los once santuarios exteriores de trazo profundo y antigua cronología del valle del Nalón, entre los que destacan por su categoría los abrigos de La Lluera y por su posición estratigráfica los de La Viña; o el hallazgo de cuevas selladas intactas como Covaciella

en el Cares o La Garma en Cantabria; o se han hallado nuevos paneles en lugares ya conocidos como El Pendo, Cullalvera o La Pasiega; o se han descubierto nuevas cuevas decoradas en áreas ya conocidas, como Pondra y la serie del Arco en el valle de Carranza, junto a Venta de la Perra; o los hallazgos del valle del Sorbe (cuevas del Reno y del Turismo) en Guadalajara, que se suman a las cuevas no lejanas de La Hoz y los Casares.

Sin embargo, han sido los grabados en cueva o al aire libre los que han proporcionado descubrimientos más insólitos. Destaca entre todos la espectacularidad de Foz Côa, con interesantes superposiciones y una magnífica conservación; Siega Verde en Salamanca; Domingo García y La Griega en Segovia; Fuente del Trucho en Huesca; los de la zona de Tarifa en Cádiz (en especial la cueva del Moro), a los que quizá haya que añadir algunos grabados exteriores de la provincia de Teruel (Roca Hernando) o de Castellón (abrigo d'en Meliá).

8. En arte mobiliario han continuado los hallazgos en yacimientos de la zona clásica cantábrica (Caldas, con muy interesantes ejemplares, La Güelga, El Buxu, La Viña, El Mirón o La Garma), pero se ha ampliado a zonas no habituales, como los tres magníficos bloques grabados de la cueva de Abautz en Navarra, con más de veinte figuras humanas y animales; o la placa de Villalba, en Soria, con una interesante composición a base de cápridos y caballos; o las plaquetas grabadas con motivos geométricos de Estebanvela en Segovia y de la Uña en León, que quizá tengan una cronología algo más tardía que conecte con las plaquetas de piedra epipaleolíticas, como las de Cocina o Forcas II, halladas en estratigrafía.

UNA MIRADA GLOBAL

Tal como señala en su informe sobre Cantabria González Sainz, la investigación del Paleolítico muestra un aceptable dinamismo en estos últimos años. Hay en marcha un buen número de excavaciones, razonablemente orientadas para aportar ideas a la reconstrucción de la vida en el Paleolítico, junto a una saludable presión en la introducción de enfoques renovadores. Se observa un intento de interpretar los asentamientos bajo el influjo de la arqueología anglosajona, patente en la vertiente socioeconómica (grupo de Cádiz) o funcional de la investigación. Así, han aparecido estudios traceológicos, hoy algo en declive (A. Vila, C. Mazo, C. Gutiérrez, J. E. González,

J. J. Ibáñez, P. Jardón, M. A. Calvo, R. Domingo...), o tafonómicos, aplicados a la subsistencia (M. Pérez-Ripoll, R. Martínez Valle, J. Nadal, J. Martínez, F. Blasco, Y. Fernández Jalvo, M. Domínguez Rodrigo, C. Díez, I. Cáceres...), además de los estudios microespaciales con el concurso de la estadística, aplicados a yacimientos magdalenenses como El Juyo (Freeman), Abautz (Utrilla y Mazo) o al Musteriense de Gabasa (Blasco, Montes y Utrilla). La escuela clásica francesa, basada en la cronoestratigrafía climática de raíz geoarqueológica, perdura en los estudios sedimentológicos (a cargo, entre otros, de Pérez González, Bergadà, Hoyos o Fumanal), paleontológicos (A. Morales, J. Altuna, K. Mariezcurrena, J. Martínez, J. Nadal o P. Castaños) y palinológicos (a cargo de M. Dupré, J. Carrión, J. Burjachs, P. López, M. J. Iriarte o P. González, con nuevas líneas de investigación, como el estudio de palinofacies o el análisis del polen conservado en los coprolitos). Han proliferado los estudios tecnológicos (J. Baena, E. Carbonell, M. Vaquero, E. Domènech, E. Carrión...) y de materias primas (X. Mangado, I. Castanedo, M. P. Sarabia, A. Tilo, A. Tarrío, M. D. Simón...), y los análisis de antracología (E. Badal, P. Uzquiano, L. Zapata), al mismo tiempo que se analizan los moluscos (V. E. Muñoz), los micromamíferos (P. Guillem, G. Cuenca, C. Sesé) o los peces (E. Roselló, R. Fernández).

El incremento de trabajos académicos realizados por jóvenes investigadores, como tesis doctorales, de licenciatura o trabajos de tercer ciclo, es un rasgo positivo. Así, A. Bertrand (1995) sobre la industria ósea y N. Cazals (2000) sobre la tecnología lítica han leído sus tesis doctorales en París sobre temas del Paleolítico cantábrico; otras están referidas al arte rupestre, como la de R. Cacho (1999) o C. San Miguel (1999), en la Universidad de Cantabria; algunas tratan temas como la subsistencia en el Paleolítico, la de C. Díez (1993), leída en la Complutense, F. Blasco (1994) en Zaragoza, R. Martínez Valle (1995) en Valencia, J. Martínez (1998) en la Autónoma de Barcelona, A. Mateos en Salamanca o J. M. Quesada en la UNED; en otros casos los temas son generalistas, como el Paleolítico inferior en Cantabria (R. Montes) o los yacimientos de superficie en los páramos del Duero (F. Díez en Valladolid) o el Musteriense al aire libre en Cantabria (E. Carrión) o en la Caleta de Cádiz (N. Herrero) o, más tipológicas, las tesis relativas a las puntas de escotadura del Solutrense ibérico (F. J. Muñoz en la UNED) o las armas de los últimos cazadores (R. Domingo en Zaragoza) o la industria ósea del Paleolítico superior del Pirineo occidental (J. A. Mújika en Deusto) o, muy vincula-

das a la vertiente socioeconómica teórica, las sociedades de cazadores-recolectores en Andalucía (V. Castañeda en Cádiz). Sin embargo, lo más frecuente es encontrar temas especializados, como materias primas, tecnología lítica, traceología o polen, ya citados anteriormente.

En el lado negativo hay que señalar, tal como advierte González Sainz, el desequilibrio entre un gran número de excavaciones y un ritmo de análisis y publicación de memorias muy lento. El número de memorias pendientes de publicación resulta excesivo, y quizá no sea razonable abrir nuevas actuaciones en grandes yacimientos paleolíticos sin garantías suficientes de su culminación. Resulta duro el darse cuenta de que acaso no nos quede vida suficiente para procesar convenientemente los materiales que tenemos pendientes. Es necesario compartir, coordinar, abrir a alumnos de tercer ciclo la investigación en los materiales que se almacenan en museos y universidades, al tiempo que cada vez parece más conveniente definir alternativas al modelo de publicación de excavaciones para acceder a una mayor integración de los contenidos y superar la mera suma de informaciones.

En cuanto a la «dispersión autonómica» de las investigaciones y sus correspondientes informes de excavación, hay que señalar lo difícil que es estar al día de las publicaciones. Las series no siempre tienen una adecuada distribución (es frecuente que lleguen al más pequeño pueblo de la provincia pero no a las universidades), y algunas de ellas llevan un retraso considerable (el último número de *Arqueología Aragonesa* es de 1994). Destacamos positivamente por su adecuado tamaño y periodicidad (tres años en cada número) las *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, con amplios y suficientes resúmenes. También hay que reconocer el mérito de *Arkeo-ikuska*, que sale casi puntualmente cada año con publicación en tres idiomas de las actuaciones, un lujo que solo comunidades muy ricas como Euskadi pueden permitirse. El año 1996 cambió a un formato más asequible, lo que provocó la pérdida del texto inglés. Sin embargo, el carácter anual requiere una excesiva parquedad en los textos y en ocasiones una reiteración de contenidos respecto al año anterior. *Trabajos de Arqueología Navarra* se edita anualmente pero ya han desaparecido las excavaciones paleolíticas, puesto que solo se realizan excavaciones de urgencia. Otro problema lo constituye el idioma: no hay excesiva dificultad en comprender un texto en catalán, gallego o valenciano (esta última comunidad saca publicaciones bilingües con muy buen criterio), pero

el arqueólogo suele eludir su lectura buscando otros textos en castellano.

Por otra parte no sería descabellado reactivar las reuniones científicas de paleolitistas que trabajan en España (incluidos los colegas americanos de universidades como Albuquerque y Chicago), pero sin excluir a nadie: ni a los «viejos arqueólogos» que ocupan puestos universitarios, que todavía tienen mucho y bueno que decir, ni a los jóvenes licenciados que trabajan libremente en empresas de arqueología, a los que hay que animar y admirar. Solo así podría evitarse la descoordinación en proyectos de investigación, en muchos casos solapados, se discutirían los diversos criterios de enfoques y objetivos y se divulgarían los resultados concretos de nuestras actuaciones.

INFORMES POR COMUNIDADES AUTÓNOMAS

Asturias (Javier Fortea Pérez)

Excavaciones

Abrigo de La Viña. Manzaneda. Oviedo
Excavaciones: Fortea Pérez

En 1994, el corte de referencia del sector occidental había alcanzado la roca basal en los cuadros F-25, F-26 y F-27. Estos cuadros están fuera de la vertical de la visera del abrigo y de su protección. En la excavación se reconocieron importantes procesos erosivos. Entre 1995 y 1996 se llegó a la roca basal en los cuadros G-25, G-26 y G-27, situados más adentro, protegidos por la visera y con efectos erosivos de menor alcance. La nueva información ha permitido una mejor comprensión de la dinámica y procesos sedimentarios. Así, la ordenación secuencial del depósito del sector occidental es la siguiente: RA: roca basal alterada, constituida por esquistos limoarcillosos. IB: primer depósito sedimentario que rellena los fondos existentes entre los crestones de un paleorrelieve basal ya muy meteorizado. Posteriormente se detecta una erosión que da lugar a zonas deprimidas con una morfología de lechos acanalados. Sobre estos se depositaron XV y XV (IA), primer nivel de ocupación que rellena las erosiones producidas por la erosión previa. Después se produjo la deposición de las arcillas marrones con restos de talla del nivel XIV. Siguió una segunda erosión producida por aguas canalizadas procedentes de la vertical de la visera o de un conducto kárstico situado en la proxi-

midad. Esta erosión fue muy importante porque evacuó al nivel XIV en la mitad oriental del sector excavado y profundizó, según zonas, hasta XV (IA), IB y RA. Posteriormente, en contacto discordante con todos ellos y aún más con XIV, se depositaron IC (primer relleno de un canal producido) y XIV* en la previamente vaciada mitad oriental del corte. La morfología del techo de XIV y XIV* evidencian un tercer episodio erosivo de menor entidad que el anterior, pues no se producen canalizaciones. Posteriormente comenzó la sedimentación de XIII basal, potente y muy antropizado nivel de ocupación, en los cuadros G y, verosímilmente, F. Siguió un nuevo y potente episodio erosivo. En los cuadros F y la zona más al sur de los G (salvo en G-25), bajo la vertical no bien cubierta por la visera del abrigo, se produce el desmantelamiento de XIII basal y buena parte de la serie XIV, llegando incluso hasta la roca basal en algunos lugares de los cuadros F. La escorrentía se organiza al exterior con un par de canalizaciones sensiblemente paralelas a la pared en sentido Noreste-Suroeste. Se produjo, por tanto, una depresión en los cuadros F y zona más sur de los G (salvo en G-25), que se marca bien en el acuñaamiento y discontinuidad sedimentaria de XIII basal, bien visible en el corte de la pared este. La siguiente unidad sedimentaria, la XIII inferior, comienza a rellenar hasta su colmatación al paleorrelieve depresivo generado previamente. En el corte de la pared este se observa cómo los productos de talla de XIII inferior se depositan adaptándose a la pendiente del acuñaamiento de XIII basal (en contraste con la horizontalidad de los productos de este), inclinación que va cambiando a una posición horizontal a medida que la depresión fue rellenándose con XIII inferior. Finalmente, colmatada ya la depresión y reconstruido un plano subhorizontal en la superficie del sector occidental, continuó la deposición del nivel XIII (para más detalles y fotografías de los cortes, FORTEA, 1999). Después se fue acumulando un grueso tramo sedimentario con los niveles XII a VI. La estratificación es gravitacional y subhorizontal, con una velocidad de sedimentación muy lenta. La materia orgánica no tuvo buenas condiciones de preservación y uno de sus aspectos más característicos es la abundancia de productos clásticos que presenta (casi inexistentes de XIII a RA). En ese tramo los procesos erosivos no tienen la importancia de los vistos precedentemente, hasta que vuelven a evidenciarse en el techo del nivel VI, sobre el que se adaptó el V. El techo de este ofrece una red de canalillos y pocetas de goteo que fueron rellenadas por el clástico nivel IV. Potentísimas erosiones pro-

ducidas desde el Holoceno por causas naturales y antrópicas hicieron que el nivel IV constituya la mayor parte de la superficie actual del abrigo. El igualmente clástico nivel III solo aparece en las zonas más contiguas a la pared y en el testigo I. En este continúa la sedimentación hasta enrasar con el nivel 0, completándose así los poco más de 4 m de sedimentación que en el sector occidental median entre este y la roca basal.

En cuanto a la tecnología lítica, en IB, justo encima de RA y dentro de una matriz arcillosa producto de su meteorización, aparecieron cuatro magníficas raederas, dos de ellas con retoque escaleriforme tipo quina. Más arriba, en pleno IB, un cuchillo de dorso retocado, dos raspadores sobre lasca laminar, raederas mayoritariamente laterales, una punta levallois y otros productos de las tecnologías levallois y musteriense. En los niveles XV y XV (IA), varias buenas raederas con retoque escaleriforme en más de un caso, una buena punta de tayac y otra levallois alargada; llaman la atención dos raspadores sobre lámina de sílex y una laminita con retoque parcial inverso, que aparecieron sobre RA. Del nivel XIV lo más significativo son algunos núcleos discoides, el empleo de la técnica levallois para puntas y láminas, percutores, varias raederas, una raedera doble lateral con retoque bifacial en un borde, dos cuchillos de dorso natural y otro retocado, y una magnífica punta musteriense, entre otros. XIV*, posterior a XIV, proporcionó un núcleo discoide, técnica levallois atestiguada en excelentes puntas levallois sin retocar y en no peores láminas levallois, cuchillos de dorso de los dos tipos, raederas, dos buenas puntas musterienses. Tras la débil erosión que afectó a los techos de XIV y XIV*, la deposición de XIII basal cubre a ambos y supone un periodo de ocupación fuertemente antropizado. Se describiría bien como un «hojaldre tecnológico de lascas». Aparecen núcleos discoides y levallois de lascas, puntas levallois con talón facetado o no, una punta musteriense, raederas, algunas de tipo quina, una punta de tayac, denticulados, etc. Lo más significativo son tres cuchillos de dorso retocado (uno de los cuales se clasificaría bien como punta de Chatelperrón) y tres *hachereaux* bifaciales (FORTEA, 1999). Los estratos XIII inferior y XIII pertenecen al Auriñaciense arcaico y al Auriñaciense I, con una azagaya de base hendida (FORTEA, 1995). En el tramo comprendido entre los niveles XII y III se van sucediendo el resto del Auriñaciense, el Perigordiense con Noialles, el Perigordiense final, Solutrense, Solutrense con puntas de muesca y base cóncava, Magdalenense medio y Magdalenense superior.

Nuevas dataciones: todas sobre carbones obtenidos en el cuadro G-25 a lo largo de la misma columna de muestreo. Interface Musteriense/Auriñaciense (profundidad de la muestra: -227 cm): $35\ 800 \pm 1000$ BP (GifA 95 550). XIII basal (profundidad: -230/233 cm): $48\ 100 \pm 1600$ BP (GifA 99 230). XIII basal (profundidad: -236 cm): $37\ 700 \pm 590$ BP (GifA 99 231). XIII basal (profundidad: -249): provisionalmente datada en $> 47\ 600$ BP y, finalmente, en $> 39\ 000$ BP (GifA 95 537, fracción carbón puro) y en $42\ 200$ BP (GifA 95 546, fracción húmica). XIV*, provisionalmente datado en $> 47\ 700$ y, finalmente, en $> 39\ 000$ (Gyfa 95 551).

La nueva fecha de la interface Musteriense/Auriñaciense, $35\ 800 \pm 1000$ BP, se correlaciona bien con $36\ 500 \pm 750$ (Ly 6390) obtenida para el Auriñaciense arcaico en el cuadro F-27. En cuanto a la fecha del nivel XIII basal de $37\ 700 \pm 590$ BP, considerablemente menos antigua que la obtenida más arriba en la misma columna de muestreo, el laboratorio de datación cree que es posible que la fecha obtenida «soit légèrement sous-estimée du fait de la présence dans l'échantillon d'une légère contamination en carbone récent non éliminée lors du traitement chimique».

Finalizadas las largas excavaciones en el abrigo, a partir de 1997 se procedió a la restitución de los grabados parietales mediante la fotogrametría. Las tomas fotogramétricas fueron apoyadas por el equipo de arqueólogos con copias fotográficas a 40×40 cm, en las que se habían discriminado las líneas grabadas e indicado otros accidentes de la evolución de la pared y de su yacimiento adosado. Con todo se elaboró un primer borrador que fue contrastado ante la pared por el equipo en un segundo apoyo de campo durante la campaña de 1998, última y final de los trabajos realizados en el abrigo. La cartografía elaborada consiste en un alzado general de todo el frente del abrigo a escala 1:25 y cuatro alzados particulares a escala 1:5, en los que se indican el nivel 0, cuadrícula coincidente con la de la excavación, curvas de nivel cada 2 cm, perfiles actuales de los testigos y del que tenía el testigo 1 antes de su excavación parcial, línea de suelo encontrada en 1980, línea de suelo actual, coladas tobáceas, zonas de la pared afectadas por el clasticismo con la indicación de las líneas mayores de fractura, líneas grabadas y restos de pintura parietal. Sobre todo ello se adosarán los perfiles estratigráficos referidos a 0 para expresar gráficamente la posición relativa de los grabados y el depósito que se fue acumulando contra la pared. Se ha publicado uno de estos alzados (FORTEA, 1999).

Cueva de Llonín. Llonín. Peñamellera Alta
Excavaciones: Fortea Pérez, Rasilla Vives y Rodríguez Otero

Entre 1995 y 1997 fueron terminándose las excavaciones en los diferentes sectores (FORTEA, RASILLA y RODRÍGUEZ, 1999). Así, en la galería, al nivel V, del Perigordense superior-final, previamente excavado (FORTEA, RASILLA y RODRÍGUEZ, 1995), se sumaron los niveles VI y VII. En el primero aparecieron unos pocos materiales musterienses: varias raederas, una de ellas sobre lasca kombewa y otra con retoque quina, una lasca y una punta levallois y dos raspadores. El nivel VII es una brecha arenosa, arqueológicamente estéril, que se apoya sobre la roca basal.

En el vestíbulo se continuó el corte existente para relacionarlo con los cortes abiertos en la galería y el cono anterior. Tras el nivel IV, del Solutrense superior, aparecieron los niveles VI, VII y VIII, arqueológicamente estériles. El nivel VIII se correlaciona con el VII de la galería.

En las excavaciones del cono posterior habían aflorado en 1989 unas *estructuras* en un nivel inicialmente atribuido al Musteriense (FORTEA, RASILLA y RODRÍGUEZ, 1992) que, debidamente protegidas, fueron dejadas in situ para que pudieran ser examinadas por los investigadores interesados. En 1996 fueron terminadas de excavar y levantadas por un equipo de arqueólogos, paleontólogos-tafónomos y sedimentólogos, diferenciándose un total de cinco conjuntos en el nivel VI. A la espera del estudio depurado de los datos obtenidos y de acuerdo con la interpretación consensuada del equipo, puede decirse preliminarmente que en esa zona fueron depositados por un carnívoro abundantes restos de herbívoros, carnívoros y aves. Hay datos para considerar a los lobos como los agentes de ese depósito, que dejaron el alimento conseguido en agrupaciones relativamente jerarquizadas, según el comportamiento normal de esta especie ante la comida. Posteriormente, un grupo humano entró en la caverna, observó en todo o en parte esas agrupaciones y las modificó. Entre otras razones que en su día serán explicitadas, ello se deduce de la geometría anormalmente circular del conjunto I, un *túmulo* de piedras aparentemente organizadas según tamaño (mayores al exterior, menores dentro) en cuyo interior aparecieron huesos de carnívoros y herbívoros, así como la apariencia de verdadera *cista* del conjunto V, en cuyo interior había un cráneo de cabra montés, restos de maxilar, otros huesos y una lasca de singular materia prima. Más complejo resulta el con-

junto II, en el que aparecieron un cráneo completo de leopardo, mandíbula incluida, rodeado por cinco gruesos trozos de estalactita. Tres de ellos enmarcaban al cráneo lateralmente, alineados rigurosamente en paralelo, y los tres procedían de la misma estalactita, pues hoy sueldan perfectamente entre sí. Los otros dos fragmentos estaban frente a la parte facial del cráneo, y también casan entre sí, pero procedían de otra estalactita; uno de ellos estaba clavado verticalmente en el sedimento, como también lo estaba una clavija de sarrio, contigua a él y al cráneo. Fueron exhumados también los restos del tren delantero del animal. Llamen la atención sus patologías, evidencia de heridas recibidas en vida que empezaron a curarse: dos costillas rotas con callo de soldadura y la escápula izquierda con una perforación circular de unos 5 mm, con comienzos de recomposición de la parte ósea que falta. Finalmente hay que señalar la presencia de escasos restos de industria lítica y un fragmento de óxido de hierro con huellas de manipulación (raspado) procedentes de los conjuntos II y V, y otros cuadros del nivel VI. En los infrayacentes niveles VII y VIII aparecieron unos pocos restos líticos: raedera, denticulado, lascas y huesos de herbívoros y carnívoros, así como abundantes coprolitos.

Completan las excavaciones en la cueva la cata de 1 x 0,80 m, realizada en el suelo existente al pie del panel principal de pinturas y grabados. Después del nivel 1, una placa estalacmítica limpia y muy bien cristalizada, el nivel 2 es un lecho negro extendido por toda la superficie de la cata, con huesos muy fragmentados, algún útil y restos líticos, algunos fragmentos de plaquetas sin grabar, microfauna, pequeños trozos de mineralizaciones de hierro y gran cantidad de carbón. Siguen el nivel 3, que es una segunda placa estalacmítica como la 1; el 4, un nivel marrón muy carbonatado con huesos y microfauna; el 5, *gour* con huesos; el 6, otra placa estalacmítica con huesos englobados en ella; el 7, un fino nivel oscuro, y el 8, otra placa estalacmítica, por debajo de la cual se abre una oquedad que comunica con el nivel inferior del sistema de la cueva. El nivel 2 responde por todo el arte del panel principal y es el suelo desde el que se pintó y grabó. Los niveles 4, 5 y 6 se correlacionan con los niveles inferiores del cono posterior y de la galería, así como de las primeras ocupaciones de la cueva por carniceros, carroñeros y hombres.

Las excavaciones de Llonín se han realizado en cinco sectores diferenciados de la cueva, que se nivelan sucesivamente desde 0 a -17 m, y se denominan *galería*, *vestíbulo*, *cono anterior*, *cono posterior* y *cata del panel principal*. No aparece en todos el

mismo registro estratigráfico y cultural, pero la secuencia general es la siguiente: presencia de materiales de la Edad del Bronce y del Aziliense y niveles del Magdalenense superior, Magdalenense medio, Magdalenense Arcaico, Solutrense con puntas de muesca y base cóncava, Gravetiense final y Musteriense.

Finalizadas las excavaciones, en 1988 se comenzó el registro gráfico del arte de la cueva. Este se encuentra repartido por los conjuntos de la galería y los paneles de entrada, sala, cono posterior y panel principal, además de unos pocos grabados y restos de pintura entre los dos últimos (FORTEA, RASILLA y RODRÍGUEZ, 1999). Los conjuntos de la galería se reparten por las paredes de su parte profunda y están constituidos por bastoncillos, puntuaciones y un signo rectangular en rojo, con ausencia total de grabados; todos ellos se encuentran alejados de la zona de habitación de la misma galería. El panel de entrada lo forman dos figuras afrontadas de cierva en rojo, pintadas parcialmente con la técnica de tamponado tipo Covalanas/La Pasiega, y algunos grabados lineales de surco profundo. El panel de la sala, metros más adentro y poco más abajo, tiene restos de un bisonte en rojo y una fase más reciente de figuras finísimamente grabadas o pintadas en negro, destacando varios bisontes grabados (uno de ellos completado con trazos lineales negros) y heridos por venablos, francamente magdalenenses, así como la pintura en negro de un pequeño oso cuidadosamente ocultado a la visión; se trata del primer oso aparecido en Asturias y se suma a las escasas representaciones de este animal en el arte paleolítico cantábrico: Ekain, Santimamiñe, Venta de la Perra y otros más dudosos de Cantabria. El panel del cono anterior tiene puntuaciones, bastoncillos, un prótomo de uro, una cierva en rojo y, superponiéndose y cortando a lo anterior, varias ciervas de trazo múltiple y estriados internos del tipo Altamira/Castillo. Finalmente, el panel principal, de más de 13 m de largo por unos 2,20 de alto, posee fases con pinturas rojas, negras y grabados, que son anteriores a otra fase, igualmente extendida por todo el panel, con la temática, técnica y convenciones propias del conocido estereotipo grabado Altamira/Castillo. Sobre esta hay pinturas negras asociadas a grabado y figuras únicamente grabadas de franco sabor magdalenense evolucionado. Las novedades del panel principal son muy numerosas en todas sus fases y modifican sustancialmente lo publicado hasta ahora. Destacaríamos de entre las figuras en negro y grabadas magdalenenses a un joven reno (anteriormente descrito como cabra) con

las cuatro patas replegadas, asociado a un caballo grabado. Sus directos paralelos están en Trois-Frères, Teyjat, La Madeleine y Bruniquel, donde también está presente el contiguo o superpuesto caballo. Las superposiciones, correlaciones y analogías aportan argumentos para datar a este panel desde el Gravetiense final al Magdaleniense superior (FORTEA, RASILLA y RODRÍGUEZ, 1995). Está prevista la finalización del registro del arte de Llonín en la campaña de 2001.

Cueva de las Caldas. San Juan de Priorio

Excavaciones: S. Corchón Rodríguez

Se han proseguido las excavaciones en la sala I, donde ya se habían descrito 11 niveles pertenecientes al Postpaleolítico, Magdaleniense superior final, Magdaleniense medio evolucionado, Solutrense final y Solutrense superior (CORCHÓN, 1995).

En las excavaciones realizadas entre 1995 y 1997 (CORCHÓN, 1999b) se han identificado nuevos niveles, que van del 11c al 20. Este último, arqueológicamente estéril y constituido por gravas y cantos de río de aspecto lodoso, cubre un agujero de 14 x 22 cm, denominado *sumidero*, que comunica Caldas I con el nivel inferior del sistema: Caldas II, hoy activo.

Los niveles 11c a 12 pertenecen al Solutrense superior. Entre los elementos más característicos se encuentran foliáceos finamente retocados por presión, con puntas de cara plana, de muesca, hojas de laurel bifaciales y monofaciales de base cóncava, raramente convexa. La tipometría es muy variada, evidenciando una gran especialización en estas puntas, lo que contrasta con la rareza de puntas y otros elementos en materias óseas: dos azagayas con aplastamiento central y alguna varilla. Entre los elementos de adorno destacan una cuenta de collar en azabache y un colgante sobre costilla recortada, pulida y decorada perimetralmente por series de incisiones en paralelo.

Mención especial merece un hogar y una estructura complementaria de él, aparecidos en el nivel 12, cubiertos por limos y arenas de inundación, lo que ha favorecido su buena conservación. El hogar mide 115 x 80 cm de anchura y su relleno carbonoso alcanza unos 12 cm de espesor. Una parte de él se apoya en la pared de la cueva y la otra está delimitada por un perímetro circular de bloques y cantos a modo de murete. Al levantar este murete apareció una estructura complementaria formada por una zanja rectangular de 70 x 40 x 15 cm, excavada sobre los niveles 12, 13, 14 y techo del 15. Dentro de ella se encontró

material lítico y óseo quemado y rubefactado; destaca una punta de base cóncava.

El nivel 13 se adscribe provisionalmente al Solutrense medio, que continúa hasta el 19. Entre sus materiales aparecen hojas de laurel bifaciales de base convexa y puntas de cara plana en cuarcita y sílex, pero también hay raros ejemplares perfectamente tallados en cristal de roca, así como raederas bifaciales en sílex, alguna laminita con borde abatido y un lápiz de oligisto rayado. La presencia de percutores y compresores documenta una actividad de talla en el nivel 14. El nivel 15, a diferencia de los anteriores, conserva restos de un suelo de ocupación con huesos en conexión anatómica, abundante carbón, plaquitas de arenisca, ocre y materia orgánica. Los niveles 16 y 17 son prácticamente estériles, pero alguno de sus elementos permite su atribución al Solutrense medio «deficientemente conservado en la Sala I» (p. 53). Finalmente, en los niveles 18 y 19 se percibe un notorio aumento de los restos de fauna, con incrementos de *equus*, y quizá *bos*, frente a la abundancia de *cervus* en los niveles superiores.

En suma, las excavaciones de la sala I han documentado ocupaciones del Solutrense superior bien conservadas, mientras que «el Solutrense medio parece haber sufrido importantes procesos de lavado y alteración durante el proceso de sedimentación» (p. 54). Estos procesos explicarían (n. 5) la presencia de una punta de muesca en el nivel 14, otra de base cóncava en el 19 y una aguja de coser en un canal erosivo que afecta a los niveles 13 a 15.

Finalizadas las excavaciones en la sala I, en 1998 se terminó el corte escalonado de 7,5 x 1 m (corte exterior) que se había abierto en el talud exterior, frente a la boca de la cueva. Su nivel II en los escalones 4.º y 3.º aportó materiales del Solutrense superior, así como restos óseos y asta de *cervus*, *equus* y pequeños fragmentos de dentina, posiblemente de *elephants*.

Las prolongadas excavaciones en la cueva de las Caldas I han puesto de relieve una ocupación continuada en el segmento temporal comprendido entre 20.000 y 12.000 años BP. Las peculiares características de su karst, con numerosos conductos abiertos al exterior, los efectos de su nivel inferior, hoy activo (Caldas II), y la propia morfología de la cueva, han traído consigo que la conservación de los depósitos arqueológicos haya corrido desigual suerte según las zonas de la cueva. Así, el Solutrense medio se conserva en el pasillo, excavado en 1971. Este Solutrense medio se encuentra erosionado en la sala II y está escasamente representado en la sala I. El Solutrense

superior muestra una rica secuencia en la sala I, pero su presencia en el corte exterior no satisfizo las expectativas abiertas. Una amplia secuencia del Magdaleniense (inferior, medio y superior, con numerosas dataciones C^{14} : CORCHÓN, 1996) se encuentra en la sala II, así como pequeños testigos en la sala I. Recientemente se han publicado dos dataciones del Solutrense medio de la sala I. Nivel 14: $20\ 250 \pm 235$ BP (Ua 15 318) y nivel 15: $> 38\ 000$ BP (Ua 15 317); se atribuye tan anómalo resultado a que la materia datada era madera fósil: azabache. En este trabajo se calibran a cronología solar todas las dataciones de la cueva y se exponen hipótesis paleoclimáticas (CORCHÓN, 2000).

Clausuradas las excavaciones de las Caldas, eventuales problemas de estabilidad obligaron a consolidar los cortes de la sala II. Lamentablemente, todos los huecos producidos por las excavaciones fueron rellenados por toneladas de grava hasta enrasar con el nivel superficial, lo que impedirá cualquier análisis u observación posterior.

Cueva de El Buxu. Cangas de Onís

Excavaciones: M. Menéndez Fernández

En 1998 se realizó la campaña final de excavaciones, complementaria de las realizadas entre 1985 y 1990 (MENÉNDEZ, 1990 y 1992).

En el abrigo exterior, por debajo del derrumbe de bloques de la visera, hay relictos de una ocupación antigua asignable al Paleolítico superior antiguo, probablemente del Auriñaciense, que también aparece en la cercana cueva de La Huelga, con una datación de $32\ 000 \pm 1600/1350$ BP.

El yacimiento principal se encuentra en la zona de penumbra de la antecueva, donde se han reconocido los niveles 1 (Solutrense terminal) y 2 y 3 (Solutrense superior). La fauna encontrada muestra una diversificación y selección apreciable y de amplio espectro: cabras, rebecos y ciervos. La caza se centra en los individuos más débiles (infantiles y seniles), lo que ya había sido señalado en el Magdaleniense de varios sitios cantábricos y, menos concluyentemente, en niveles solutrenses de Altamira y Amalda. El Buxu fue ocupado en primavera y comienzos del verano; las marcas de carnicería indican que el procesado de la carne se realizó en la cueva.

Las fechas obtenidas son contradictorias o aberrantes: nivel 1: 7140 ± 750 BP (GrN - 19 384), $12\ 600 \pm 70$ BP (GrA - 2462) y 135 ± 50 BP (GrA - 2482); nivel 2: $13\ 720 \pm 280$ BP (GrN - 18 385) y

$12\ 090 \pm 70$ BP (GrA - 2481); nivel 3: $16\ 730 \pm 500$ BP (GrN - 19 386) y 3630 ± 70 BP (GrA - 2508).

En el nivel 3 aparecieron tres plaquetas crioclásticas con grabados lineales anchos y profundos. Únicamente la cara grabada muestra huellas de líquenes y meteorización subaérea, lo que indica que esa cara tuvo una prolongada exposición a la luz con posterioridad a la realización de los grabados. Ello permite establecer la hipótesis de que en El Buxu hubiera existido un conjunto de grabados exteriores antes de la ocupación solutrense, tal vez relacionables con los relictos encontrados en la zona de abrigo, debajo de los bloques caídos de su visera. Estos grabados exteriores estarían en la línea de otros abrigos documentados en Asturias en los últimos años (conjunto del Nalón) y en otros conocidos de antiguo e igualmente asignados a los primeros momentos del Paleolítico superior (FORTEA, 1995a). Además de estas plaquetas crioclásticas, los niveles solutrenses de la cueva han sumado a la conocida escultura de pájaro otras piezas óseas con decoraciones típicamente solutrenses y otra plaqueta hallada en el nivel 2, cuyos zoomorfos son paralelos a los grabados rupestres de la parte profunda de la cueva y a las fases 1.^a y 2.^a de la secuencia descrita para el arte rupestre. Todo ello abunda en la cronología solutrense otorgada a esos grabados y en la tesis de que El Buxu fue durante el Solutrense superior un santuario de ideomorfos, concentrados en un sector de la cueva y definidos fundamentalmente por los llamados *tectiformes* (MENÉNDEZ, 1997 y 1999; MENÉNDEZ y OCIO, 1997).

Cueva de La Güelga. Narciandi. Cangas de Onís

Se ha reemprendido su excavación en 1999. Los trabajos se centran en el yacimiento exterior, que está afectado por alteraciones postdeposicionales: acción del arroyo de La Brava, que circula por sus márgenes, solifluxiones, aprovechamientos ganaderos y furtivismo. No obstante, se afirma que el nivel 3, fundamentalmente en su unidad inferior, o 3C, aparece intacto en gran parte de la superficie excavada. Este nivel posee materiales líticos adscribibles al Magdaleniense inferior de facies Juyo y un interesante lote de piezas de arte mueble (MENÉNDEZ y MARTÍNEZ, 1992), a lo que se añaden nuevas piezas en asta y hueso, de entre las que destacan una flauta hecha en un hueso de ave (se discute su problemática tafonómica) y un fragmento de asta con el grabado de una cabra en visión frontal. A la fecha anteriormente publicada de $14\ 020 \pm 130$ BP del nivel 3C se añaden las de $14\ 090 \pm 190$ BP y $14\ 170 \pm 1300/910$, lo que,

según los autores, sitúa el nivel en los confines del Magdalenense inferior, facies Juyo. El estudio de la fauna permite establecer el carácter estacional de la ocupación, lo que refuerza las hipótesis de la relación territorial con yacimientos de la costa de parecidas características (MENÉNDEZ y GARCÍA SÁNCHEZ, 1997 y 1998).

Arte paleolítico

En 1998 fueron descubiertos grabados en la pequeña cueva de Los Torneiros, sita en la margen izquierda del valle del río Trubia, afluente del Nalón. Los grabados se encuentran en su pared derecha, justo en la zona de penumbra, en el límite de la oscuridad. Componen un panel de 3 m de largo por 0,5 de alto, en posición casi plafonante o plafonante, con cuatro caballos centrales (dos de los cuales cruzan sus cabezas) flanqueados por tres ciervas a la izquierda y otras dos a la derecha.

La técnica de grabado profundo, el estilo y la composición remiten inequívocamente al segundo horizonte artístico de la cuenca media del Nalón: sus caballos de cuello arqueado y cabeza rectangular y sus ciervas trilineales son la misma cosa que en Lluera I y II, Santo Adriano, Entrefoces o La Viña.

Frente a Los Torneiros, a pocas centenas de metros de esta, se encuentra en la margen derecha del Trubia la conocida cueva de El Conde, con grabados del primer horizonte gráfico del Nalón (auriñaciense) dentro de un contexto musteriense y auriñaciense. A poco más de 1 km aguas abajo, junto a la misma orilla, se ubica la cueva de Santo Adriano con grabados del segundo horizonte artístico del Nalón (gravetosolutrense) y una temática complementaria de Los Torneiros. De tal modo, en el reducido plano geográfico delimitado por estas tres cuevas se encuentran los dos horizontes que en el plano vertical de las paredes de La Viña se fueron sucediendo hacia arriba a mediada que iba subiendo su suelo arqueológico.

Los Torneiros eleva a once el número de sitios exteriores de la cuenca media del Nalón, reafirmando la presencia de un poblamiento unitario en los planos artístico y simbólico (FORTEA, 1999).

Recientemente (BALBÍN, ALCOLEA y GONZÁLEZ, 1999) se han publicado importantes novedades y drásticos cambios identificativos en el bestiario de la cueva de El Pindal, proponiéndose una visión nueva para ella. Esta nueva visión ha sido severamente contestada (FORTEA, e. p.).

Los mismos autores han publicado novedades en las cuevas del macizo de Ardines: La Cueva,

Tito Bustillo, La Lloseta, Les Pedroses y El Cierro (BALBÍN, ALCOLEA, MOURE y GONZÁLEZ, 2000).

Ha sido publicado un trabajo sobre nuevas representaciones antropomorfas de la cueva de las Caldas (CORCHÓN, 1999a).

En la obra colectiva *El hombre fósil, 80 años después* (MOURE, 1996) aparecen varios trabajos de síntesis. Por su relación con Asturias y Galicia citaríamos los de Márquez Uría (Obermaier y vega del Sella), Fernández Ibáñez y Fábregas Valcarce (Obermaier y Galicia), Castañón Álvarez y Frochoso Sánchez (glaciarismo), Straus (Solutrense), Utrilla Miranda (Magdalenense) y Barandiarán Maestu (arte mueble).

La revista *Férvedes* ha publicado un número monográfico titulado *Arqueometría y paleoecología del norte de la Península Ibérica. Cambios naturales y alteraciones antrópicas* (RAMIL-REGO y FERNÁNDEZ, 1996). Hay trabajos de síntesis referidos al Pleistoceno superior de Ramil-Rego *et alii* (cambios climáticos globales del clima y los hábitats terrestres), Ramil-Rego *et alii* (secuencias polínicas del noroeste ibérico durante el último ciclo glaciar-interglaciar), Muñoz *et alii* (modificaciones del paisaje vegetal en el noroeste ibérico durante el Cuaternario, en el contexto del suroeste europeo), Ramil-Rego *et alii* (cambios en el aprovechamiento de los recursos vegetales según la carpología) y Fernández (cambios en los recursos de origen animal).

Cantabria (César González Sainz)

Este texto tiene un doble objetivo. El principal, facilitar información sobre proyectos en curso y publicaciones sobre el periodo paleolítico, en Cantabria, en los últimos cinco años. De su otra finalidad, una mínima reflexión sobre el contexto de la investigación, logros y más obvias deficiencias, no debe esperarse demasiado. Un lustro es un periodo demasiado breve para encontrar novedades relevantes en el terreno de la elaboración de síntesis; de otro lado, el territorio administrativo de la Comunidad Autónoma no es una unidad de análisis idónea ni para el estudio de los comportamientos prehistóricos (son mucho más relevantes unidades geográficas naturales, de mayor tamaño, como la región cantábrica, o más reducidas, por ejemplo el valle de Liébana) ni, por tanto, para evaluar la investigación sobre un periodo de la Prehistoria más allá de sus aspectos administrativos e historiográficos. Así que, en el corto espacio disponible, nos centraremos más bien en los aspectos y proyectos de investigación que consideramos más

positivos, sin pretender una valoración crítica de la totalidad de la actividad investigadora sobre el Paleolítico en Cantabria.

La base de datos bibliográfica con la que trabajamos tiene 215 registros para el periodo referido y el territorio de Cantabria. De ellas, 105 se refieren específicamente al Paleolítico, que es el periodo esencial en otras 41 publicaciones sobre aspectos generales de la Prehistoria regional. La primera impresión, de inusitada riqueza investigadora, queda sin embargo limitada por un balance muy escorado a favor de notas, informes y publicaciones cortas y en detrimento de memorias sintéticas de proyectos de investigación, en una proporción que se nos antoja que supera con mucho la esperable en el protocolo natural de la investigación. El alto índice de repetición de determinados trabajos, en presentaciones diversas con escasas novedades, se vincula a exigencias administrativas, o a la conveniencia de publicar resúmenes en otros idiomas de mayor difusión científica. Este segundo factor afecta a las publicaciones de Paleolítico y Epipaleolítico en muy superior medida que a otros periodos de la Prehistoria reciente, Protohistoria e Historia antigua.

Las publicaciones colectivas más importantes para este periodo son distintos volúmenes de homenaje. El dedicado a H. Obermaier (MOURE, 1996), más bien póstumo, agrupa diversas evaluaciones de su actividad a cargo de investigadores, esencialmente, de centros universitarios. El homenaje a M. A. García Guinea reúne un gran número de trabajos de objetivos más diversos, en paralelo a las áreas de actividad e intereses del que fue director del Museo Regional de Prehistoria de Santander. Finalmente, el homenaje a L. G. Freeman (STRAUS, 2000) agrupa a la, llamémosla *legión americana*, que autoevalúa su participación en la reconstrucción de la Prehistoria regional, sin duda muy relevante. También se publicaron *La memoria histórica de Cantabria* (GARCÍA DE CORTÁZAR, 1996), y el *I Encuentro de Historia de Cantabria* (VV AA, 1999), muy vinculados a la Universidad. Un libro con resúmenes de las actuaciones regladas por la Consejería de Cultura del Gobierno regional (ONTAÑÓN, 2000), de muy reciente aparición, facilita noticia de casi todos los proyectos de investigación aprobados en los últimos años, tratándose, en algunos casos, de lo único publicado hasta el presente (casos que habrían aumentado de incluirse las excavaciones de urgencia, lo cual, lamentablemente, no ha sucedido).

Es creciente la dispersión de trabajos en muy variadas revistas científicas, dada la ausencia de

publicaciones de difusión amplia, periodicidad regular y control de calidad en la región. Las que han acogido un mayor número de trabajos son *Revista de Arqueología*, *Veleia*, *Trabajos de Prehistoria* o, entre las locales, *Nivel Cero*, *Boletín Cántabro de Espeleología*, las *Memorias de la ACDPS 1993-1995* (1996) y *Trabajos de Arqueología en Cantabria*. Entre las de carácter internacional destaca el boletín del CARICOMOS, *International Newsletter on Rock Art*. Los congresos que más aportaciones recibieron sobre yacimientos de este territorio son el II y III de Arqueología Peninsular (Zamora y Vila-Real) (BALBÍN y BUENO, 1997, y VV AA, 2000), y el Congreso Internacional de Arte rupestre de Europa (Vigo, noviembre de 1999).

Proyectos y trabajos de campo

Excavación arqueológica. En la reciente publicación de la Consejería de Cultura (ONTAÑÓN, 2000) se da noticia de actuaciones arqueológicas anteriores a 1996 y con memoria en trance de elaboración, más o menos avanzada en la actualidad. A pesar de corresponder a proyectos muy anteriores al lustro que nos interesa aquí, la trascendencia de algunos de esos proyectos recomienda, al menos, una breve referencia ahora. Entre ellos destacan los trabajos en la cueva de Cualventi (trabajos en 1976 y de 1980 a 1990) (GARCÍA GUINEA, 2000), en la que se ha excavado una amplia secuencia desde el Magdaleniense inferior al Aziliense, además de restos de ocupaciones más recientes, y en la cueva de La Pila (entre 1982 y 1985), que contaba con una de las secuencias más detalladas para la segunda mitad del Tardiglaciar en la región cantábrica (BERNALDO DE QUIRÓS *et alii*, 2000). De este yacimiento se han publicado diversos trabajos sectoriales, muy específicos, sobre piezas de arte mobiliario, dataciones de radiocarbono, antracología, industrias líticas, molar humano, industrias líticas, tecnología ósea (agujas) etc. También están a la espera de una publicación completa las excavaciones del yacimiento al aire libre de La Verde (entre 1992 y 1995), con datos de gran interés para la contextualización de los abundantes yacimientos al aire libre con materiales líticos de tipología achelense en la banda costera regional (MONTES y MUÑOZ, 2000), y la campaña de 1994 en la cueva del Linar, que afectó a niveles de cronología magdaleniense, en algunos casos (boca 3) con oportunidad discutible en relación a los objetivos de la intervención (MONTES y SANGUINO, 2000). Entre las actuaciones antiguas ahora publicadas, aunque parcialmente, está la excavación de

urgencia en la cueva del Ruso I (MUÑOZ y SERNA, 1999).

De otro lado, entre 1996 y 2000 han finalizado los trabajos de campo de diversos proyectos. Destacan las excavaciones de la cueva de El Juyo (desde 1978 hasta 1997), con 3 m de potencia media y doce niveles. La excavación extensiva de 45 m² ha estado orientada al estudio de la vida cotidiana durante el Magdaleniense inferior, destacando las estructuras de muy distinto carácter detectadas en sus niveles 4 (ya en una cronología Magdaleniense medio), 6 y 8 (GONZÁLEZ ECHEGARAY y FREEMAN, 2000). De igual forma, concluyeron las excavaciones del abrigo de la Peña del Perro (de 1985 a 1990) y de la cueva de La Fragua (entre 1990 y 1996), vinculadas al proyecto *Prehistoria de las Marismas*, con secuencias del final del Paleolítico superior, Mesolítico e inicios de la Prehistoria reciente en la zona litoral de la cuenca del Asón (GONZÁLEZ MORALES, 2000; GONZÁLEZ y DÍAZ, 2000). También han finalizado las excavaciones en El Pendo (de 1994 a 1999), orientadas a la contextualización de niveles antiguos del Paleolítico medio a partir del corte de la excavación en los años cincuenta del pasado siglo, pero extendidas tras el descubrimiento de pinturas rupestres en 1997 a otros cortes de los sondeos realizados por J. Carballo, con materiales del Paleolítico superior (MONTES, 2000). Todas estas actuaciones se encuentran también, en la actualidad, en proceso de elaboración de la memoria o síntesis correspondiente. Por el contrario, se ha publicado más extensamente la excavación puntual del yacimiento al aire libre de El Hondal, con materiales de tipología achelense en depósitos del último interglacial (MONTES, 1999).

Entre los proyectos de excavación que actualmente están abiertos, algunos son del máximo interés en diversos aspectos de la investigación del Paleolítico, trascendiendo notablemente el interés regional. Destacaríamos los siguientes:

- a. Cueva del Castillo (de 1980 a 2000). Es un proyecto que, esencialmente, está interesado en la transición Paleolítico medio-superior, con una excavación extensa del ya famoso nivel 18, y toma de muestras de la secuencia musteriense. Entre las aportaciones destacan las fechas absolutas de C¹⁴ AMS y la discusión generada sobre la naturaleza y cronología de esa transición, especialmente escurridiza (CABRERA y BERNALDO DE QUIRÓS, 1999 y 2000; STRAUS, 1997, o también, ZILHÃO y

D'ERRICO, 1999), y con obvias ramificaciones en otras de las discusiones de más interés actual, como la generalización del *Homo sapiens sapiens* o el inicio del arte figurativo en el suroeste de Europa. Además de la localización de una pieza dentaria de neanderthal en los niveles musterienses (a la que se añade otra de la cueva del Esquilieu), son del mayor interés en la reconstrucción de las estrategias de aprovechamiento económico paleolítico los análisis de las marcas de crecimiento en dientes para dilucidar la estación de captura, además de la edad del animal (PIKE-TAY, CABRERA y BERNALDO DE QUIRÓS, 1999) en niveles del Paleolítico medio y superior inicial de las cuevas del Castillo, Morín y El Pendo. Las fechas absolutas que se están consiguiendo por distintos procedimientos (U/Th, ESR) para la secuencia antigua del Castillo, añadidas a las obtenidas en El Pendo (ESR, TL) (MONTES, 2000), comienzan a dibujar un panorama cronológico más seguro para el último interglacial y Würm antiguo.

- b. Complejo arqueológico de La Garma. El descubrimiento en 1995 de la galería inferior —que fue clausurada desde finales del Magdaleniense y contiene una amplia serie de evidencias de ocupación en superficie y de obras parietales— dio una mayor proyección a la investigación de ese entorno. En la actualidad, y en lo referido al Paleolítico, se está excavando la secuencia antigua de la cueva de La Garma A, con una amplia serie estratigráfica que parte de fases muy antiguas del Pleistoceno superior, con fauna e industrias arcaicas, y cuenta con niveles de inicios del Paleolítico superior y, esencialmente, del Solutrense, Magdaleniense y Epipaleolítico (y hasta la Edad del Bronce en la secuencia holocena). La galería intermedia, a su vez, cuenta también con niveles con industrias y fauna arcaica, en tanto que en la galería inferior se trabaja sobre la estructuración espacial de evidencias magdalenienses, distribuidas por amplias superficies del vestíbulo y con diversas estructuras habitacionales en distintos entornos del interior, y sobre su vinculación con las abundantes manifestaciones parietales que, por su estilo y las dataciones que se van obteniendo, cubren todo el Paleolítico superior (ARIAS, GONZÁLEZ, MOURE y

ONTAÑÓN, 1999 y 2000). Estas investigaciones están, en último término, orientadas a la reconstrucción de la vida paleolítica en la banda costera cantábrica, a la explicitación de lo que fue un centro residencial al menos en época Magdaleniense y al papel (o más bien, papeles) que desempeñó el arte rupestre en ese contexto habitacional y en otros entornos más recogidos del interior de la cueva.

- c. Cueva de El Mirón. La excavación extensa de este yacimiento de la cuenca de Ramales (desde 1996 hasta la actualidad) se orienta a la reconstrucción del aprovechamiento económico de las áreas interiores de la región en la Prehistoria, dentro de un análisis del hábitat prehistórico sobre la amplia cuenca del río Asón (GONZÁLEZ MORALES y STRAUS, 2000a y 2000b). Las excavaciones en El Mirón han desvelado un importante yacimiento de habitación con una amplia secuencia para la Prehistoria reciente, Epipaleolítico y Paleolítico superior (con, al menos, una buena serie estratigráfica para todo el Magdaleniense y Solutrense), y están proporcionando una ingente información sobre muy variados aspectos (destacando, de entrada, las cuarenta fechas absolutas ya publicadas). El proyecto se articula con la prospección del territorio y la eventual excavación de otros depósitos cercanos. Entre estos destaca la excavación de M. A. Fano en la cueva del Horno, con una interesante secuencia del Magdaleniense reciente y Aziliense, también datada por radiocarbono.
- d. Un cuarto proyecto del máximo interés en los estudios sobre Paleolítico es el que se desarrolla en la actualidad sobre depósitos musterienses de diversos yacimientos de la comarca de Liébana por investigadores de la Universidad Autónoma de Madrid. Se trata de talleres al aire libre como El Habario (CARRIÓN, 1997; BAENA, 2000), y de cuevas como El Esquilleu (BAENA *et alii*, 2000) y Fuentepara. Especialmente la primera de estas, con una amplia secuencia musteriense y de inicios del Paleolítico superior, está aportando importantes precisiones sobre el uso de estos valles interiores en el Würm antiguo, con espectros cinegéticos tan polarizados sobre una especie como los mejor conocidos del Paleolítico superior.
- e. Cabe añadir además la excavación de la

cueva de la Fuente del Salín, aún no finalizada por las dificultades de acceso a este vestíbulo clausurado, y donde se busca la contextualización de las manifestaciones rupestres, que conforman uno de los conjuntos cantábricos más característicos de momentos antiguos del Paleolítico superior (MOURE y GONZÁLEZ MORALES, 2000).

Las investigaciones de campo incluyen también prospecciones ligadas a los proyectos indicados u otros, como las referidas a yacimientos atribuidos al Paleolítico inferior y medio en la comarca de Campoo (GUTIÉRREZ MORILLO y SERRANO, 1998), o a yacimientos en cueva de diversos horizontes paleolíticos y epipaleolíticos, a cargo de diversos colectivos y frecuentemente con la finalidad de definir cartas arqueológicas locales (Torrelavega, Castro Urdiales).

Los proyectos citados no nos ofrecen reservas en cuanto a objetivos más o menos precisos, procedimientos aplicados y viabilidad (no solo vinculada a la financiación sino también a la profesionalidad de los responsables). Estas surgen sin embargo ante las primeras noticias publicadas de otras excavaciones en curso sobre importantes yacimientos de la región (ONTAÑÓN, 2000), o ante la ausencia de información publicada por el momento de otras actuaciones, generalmente de urgencia, de las que en el mejor de los casos se conoce el resultado de alguna datación absoluta.

Análisis del arte rupestre

La proverbial riqueza arqueológica de la región sigue deparando abundantes novedades, de manera acelerada desde 1980. En el periodo que repasamos se han localizado los conjuntos rupestres en cueva de la galería intermedia de La Garma (la galería inferior apareció en 1995), El Pendo y Urdiales, y conjuntos más discretos en las de Cualventi (GARCÍA GUINEA, 2000) y El Mirón. Es reseñable que, salvo Urdiales, las localizaciones indicadas se han producido en el transcurso de excavaciones arqueológicas en esas cuevas, lo que, en último término, puede ir facilitando un análisis más integrado de los comportamientos paleolíticos. Otros nuevos conjuntos rupestres se localizaron en prospecciones integradas en proyectos más diversos: cuevas de La Llosa, Calero II, Cofresnedo y Los Moros (MUÑOZ, MONTES y MORLOTE, e. p.).

En el mismo periodo, se han publicado nuevas representaciones de La Pasiaga (BALBÍN y GONZÁLEZ SAINZ, 1996; GONZÁLEZ SAINZ, 1999), La Cullalvera

o algunas de las cuevas del desfiladero del Carranza: Arco A, Arco B-C y Pondra. Más recientemente se publican nuevas figuras —que nos atreveríamos a calificar de sorprendentes— de Las Monedas (CABRERA y MÚZQUIZ, 2000), y de Chufín y Hornos de la Peña (GONZÁLEZ SAINZ, e. p.), o se indica su existencia en las de La Meaza, Las Aguas, El Juyo y La Clotilde (MUÑOZ, MONTES y MORLOTE, e. p.).

Frente a la excavación arqueológica, los trabajos sobre el arte rupestre tienen algunas importantes peculiaridades —esencialmente, no son destructivos— y una dinámica hasta cierto punto específica. El descubrimiento de nuevos yacimientos arqueológicos no exige una excavación inmediata, salvo peligro de destrucción, pero sí un trabajo de documentación en el caso del arte. La acumulación de nuevos conjuntos y el alargamiento de su investigación, derivada de los nuevos procedimientos de prospección y análisis generados en los últimos veinte años (dejando de lado ahora sus aspectos positivos), tienden a ralentizar su estudio y dificultan en mayor medida que en épocas antiguas el acceso al plano de la síntesis. Es una situación que se repite, con matices, en Asturias (GONZÁLEZ SAINZ y MOURE, 2000).

Entre los estudios finalizados en el periodo, destacaremos la revisión completa de la cueva de La Cullalvera (GONZÁLEZ SAINZ, MUÑOZ y MORLOTE, 1997), y de la densa agrupación de cavidades con manifestaciones rupestres paleolíticas del desfiladero del Carranza. En algo menos de un kilómetro se suceden hasta siete conjuntos, algunos clásicos, como Venta de la Perra y Sotarriza, junto a otros como Morro del Horidillo, Pondra, Arco B-C y Arco A. Su proximidad ha exigido un estudio integrado, creemos que de interés para la ordenación cronológica y otros aspectos generales referidos al arte cantábrico pre-magdalenense (GONZÁLEZ SAINZ y SAN MIGUEL, 2000 y e. p.). También es inminente la publicación sintética del conjunto rupestre de la cueva de El Pendo (MONTES, SANGUINO, GÓMEZ y GONZÁLEZ, 1998), con un espectacular panel de figuras pintadas en rojo que contrasta por su emplazamiento y visibilidad original con otros de composición iconográfica y estilo cercano, como son Pasiega A, Covalanas, Arenaza u otros conjuntos cantábricos habitualmente integrados en el estilo III de Leroi-Gourhan.

Entre los trabajos en curso, la galería inferior de La Garma aglutina las más amplias perspectivas, ya que se trata de un conjunto muy extenso en número y clase de representaciones, distribuidas por muy distintos entornos de esa galería. Las figuras y agrupaciones corresponden a diferentes periodos del

Paleolítico superior, y aparecen asociadas topográficamente con recintos y estructuras habitacionales de diferente amplitud, y en distintos puntos de la cueva. Además de una documentación convencional se ha podido implementar aquí una amplia analítica (análisis de pigmentos, dataciones de TL, U/Th, C¹⁴) y un estudio de las condiciones de conservación (ARIAS, GONZÁLEZ, MOURE y ONTAÑÓN, 1999). Por su parte el conjunto de la cueva de Urdiales, preservado milagrosamente (MONTES, MORLOTE y MUÑOZ, 2000), corresponde al periodo Magdaleniense, y muestra interesantes convergencias con Santimamiñe, Altxerri, La Garma, Covaciella y otros conjuntos de esa época. También están en estudio efectivo, en la actualidad, los conjuntos de Calero II (MUÑOZ y MORLOTE, 2000) y de La Llosa (GONZÁLEZ, CACHO, MONTES y MUÑOZ, 2000), o los grabados localizados en la cueva de El Mirón, cuyo principal interés radica en su vinculación estratigráfica con los depósitos de habitación del periodo Magdaleniense que se excavan en el vestíbulo (GONZÁLEZ MORALES y STRAUS, 2000b).

Al margen del estudio de yacimientos concretos, o de agrupaciones, destaca en la actualidad el esfuerzo en superar una datación meramente estilística. El proyecto de datación absoluta dirigido por A. Moure (DGICYT PS92-0137) ha generado fechas de un buen número de figuras rupestres (Castillo, La Pasiega C, Las Monedas, Chimeneas, Altamira, Sotarriza, Cueva Negra, Cullalvera, Arco A), a partir de muestras medidas por H. Valladas (MOURE *et alii*, 1997 y 2000), facilitando una discusión más amplia de la cronología artística durante el periodo Magdaleniense, al que corresponden casi todos los resultados. También se han obtenido fechas de marcas negras no figurativas de un buen número de yacimientos, con resultados notablemente polarizados en época medieval, o de restos de figuras paleolíticas en negro de la cueva de Calero II (MUÑOZ y MORLOTE, 2000). De igual forma, se están consiguiendo dataciones por TL de costras asociadas a manifestaciones en Venta de la Perra (ARIAS *et alii*, 1998-1999), Pondra (GONZÁLEZ SAINZ y SAN MIGUEL, e. p.) y galería inferior de La Garma, aún inéditas. En esta última cueva se están datando también por U/Th las mismas formaciones, con objeto de evaluar la precisión de esos procedimientos. Estas fechas están permitiendo una primera aproximación a la cronología absoluta de manifestaciones pintadas en rojo o grabadas, no accesibles para el radiocarbono, y de cronología en muchos casos anterior a las que polarizan los resultados del C¹⁴ AMS en nuestra región. La discusión sobre la crono-

logía del arte parietal y la validez de los esquemas de ordenación estilística está en la actualidad muy abierta, especialmente respecto a las etapas más antiguas del arte cantábrico (GONZÁLEZ SAINZ, 1999a y 1999d; CACHO y GÁLVEZ, 1999; MOURE y GONZÁLEZ SAINZ, 2000).

En el campo de la experimentación (iluminación, preparación y disolución de pigmentos) consideramos remarcable el ensayo de VAQUERO TURCIOS (1996), o el publicado por R. ROMERO (1997) en materia de conservación. También en el caso del arte rupestre se aprecia una cierta recurrencia en la evaluación de aspectos o problemas de la investigación en su época clásica (MOURE, 1996 y 1999; GONZÁLEZ SAINZ, 1999c; MADARIAGA, 2000), o en la difusión actualizada de conjuntos como el de Altamira (SAURA *et alii*, 1998, entre otros ensayos de aparición inminente).

Trabajos de investigación académica

Especialmente los periodos más antiguos del Paleolítico han sido objeto de diferentes estudios. La tesis doctoral de MONTES (1998) supone un acercamiento de síntesis a los yacimientos prewürmienses de la región, de difícil contextualización, en tanto que la de MARTÍNEZ MORENO (1998) se centra en las estrategias económicas del periodo Musteriense. También a esos periodos corresponden los conjuntos líticos analizados por CARRIÓN (1997) y por CASTANEDO (1997). A su vez, la tesis doctoral de SARABIA (1999) facilita una primera aproximación sistemática a las materias primas líticas disponibles en la región y un exhaustivo análisis de las variaciones en la secuencia estratigráfica de la cueva de Morín, con modificaciones muy expresivas en la gestión de esos recursos líticos desde el Musteriense hasta el Epipaleolítico. La tesis doctoral de STETTLER (1998 y 2000) se ha centrado en la industria ósea de la cueva de El Juyo y en una revisión de las de otros conjuntos clásicos del territorio a partir de nuevos criterios —al menos en parte— de análisis, en tanto que la de GUTIÉRREZ SAEZ (1996), vinculada al mismo yacimiento, introduce los análisis funcionales en el estudio de los yacimientos de la región. El trabajo de CAZALS (2000) también introduce nuevos enfoques en el estudio tecnológico de las industrias líticas magdalenienses a lo largo de la región cantábrica. Se aprecia también un interés renovado en los procesos tecnológicos en otros trabajos de M. Lloret sobre la cueva de La Pila o, en curso de realización, de J. M. Mañllo y, con introducción del punto de vista funcio-

nal, de J. Ríos. El análisis de la subsistencia polariza menos la atención, aunque cabe recordar las aproximaciones muy actualizadas al Paleolítico superior de J. M. Quesada, centradas en yacimientos asturianos, y se está preparando una evaluación de síntesis de las actividades de pesca (R. Fernández).

Entre los académicos centrados en el arte paleolítico destacaríamos la tesis doctoral de GONZÁLEZ GARCÍA (1996), de la Universidad de Barcelona, y los trabajos de investigación de tercer ciclo presentados en la Universidad de Cantabria (SAN MIGUEL, 1996; CACHO, 1999; GÁLVEZ, 1999). En la actualidad —y hasta donde llega nuestra información—, están en curso diversas elaboraciones sobre el fenómeno artístico desde el punto de vista de la arqueología social (M. García Díez), las vinculaciones entre construcción formal, técnicas e iconografía (N. Gálvez), la técnica del tamponado (D. Gárate) y el análisis crítico de la investigación (E. Palacio).

Apuntes finales

A pesar de sus problemas y limitaciones, la investigación del Paleolítico muestra un aceptable dinamismo (más acentuado que en fases anteriores a 1980, a pesar de la imagen que en ocasiones trasciende de la historia de la investigación), compartido en estas dos últimas décadas con los estudios sobre la Prehistoria reciente regional, menos atendida tradicionalmente. Como hemos visto, se investiga en problemas variados: entre los más relevantes, la contextualización de yacimientos al aire libre con industrias arcaicas (La Verde y El Hondal, entre otros) y de yacimientos en estratigrafía con similares industrias (La Garma A y galería intermedia), tránsito del Paleolítico medio al superior (a las informaciones del Castillo, Morín y Pendo se añadirán otras de El Esquilleu y previsiblemente de El Mirón), articulación del poblamiento paleolítico en áreas grandes (valle del Asón, Liébana...), análisis de materias primas líticas (Morín, El Mirón), estacionalidad, tecnología lítica y la funcionalidad, correspondencias entre arte rupestre y vida cotidiana (La Garma, El Mirón, Fuente del Salín...), transición del Pleistoceno al Holoceno (La Pila, El Perro, La Garma A, El Mirón...), que intervendrán sobre las síntesis disponibles, como AURA, VILLAVERDE *et alii*, 1998), documentación y datación absoluta del arte rupestre, estructuración iconográfica, correspondencias entre técnica e iconografía, pigmentos, etc. Hay en marcha un buen número de excavaciones o de proyectos de estudio de conjuntos rupestres, razonablemente

orientadas y desarrolladas, y con previsiones de que aporten importantes informaciones e ideas a la reconstrucción de la vida en el Paleolítico en esta zona central de la región cantábrica. Finalmente, uno de los rasgos positivos más relevantes es el incremento de trabajos académicos realizados por investigadores integrados en la actividad regional, con un conocimiento directo importante de su registro arqueológico y una saludable presión en la introducción de enfoques renovadores.

Adentrándonos en la zona de sombra, aparte de problemas más generales indicados por GONZÁLEZ MORALES (1992), vinculados al actual establecimiento autonómico, nos permitiremos dos apuntes más o menos obvios. En primer lugar, el desequilibrio entre un gran número de excavaciones (con impresionantes colecciones de restos y un procesamiento muy costoso) y un ritmo de análisis y publicación de memorias muy lento. Esto afecta también a los estudios de arte rupestre, aunque es especialmente grave en el caso de yacimientos arqueológicos que quedan destruidos. El número de memorias pendientes resulta excesivo, y acaso no sea razonable, en ese contexto, el inicio de nuevas actuaciones en grandes yacimientos paleolíticos sin una finalidad científica precisa y razonable, y garantías suficientes de un correcto desarrollo y culminación. La oportunidad de las excavaciones *de urgencia* sería mucho más fácilmente defendible siempre y cuando se sometieran al mismo protocolo científico, lo que no parece ser el caso teniendo en cuenta el ritmo de publicación, apenas perceptible.

Al tiempo, cada vez parece más conveniente definir alternativas al modelo de publicación de excavaciones generado tras la de la cueva de Morín, no solo para acceder a una mayor integración de los contenidos de proyectos multidisciplinarios y superar la mera adición de informaciones, sino para dar cabida a un volumen de información muy superior al tradicional (por poner algunos ejemplos, los restos de talla recogidos hasta el presente en El Mirón superan los 150 000, las unidades de inventario en La Garma A —con un número muy variable de elementos en cada una— pasan de 31 000, de las que corresponden a niveles paleolíticos 24 762, y el número de azagayas magdalenienses solo en El Juyo es de 644 ejemplares).

Los equipos de investigación proceden de muy distintas universidades (Cantabria, UNED, León, Nuevo México, Autónoma de Madrid, Alcalá de Henares, Chicago e IPI), de particulares y colectivos avalados por los centros de investigación indicados, o

los Museos de Santander y de Altamira. Más allá de la razonable existencia de perspectivas de investigación variadas —que suele ser positiva— la descoordinación entre estos equipos es por lo menos notable, aun trabajando sobre aspectos en muchos casos solapados, y no solo en el plano territorial. En este sentido no es demasiado halagüeña la ausencia de reuniones orientadas a la discusión de criterios, explicitación de enfoques y objetivos, etc., y no solo de discusión de resultados particulares, al modo como se han realizado sobre el Paleolítico inferior (Luarca, 1995), sobre conservación del arte rupestre (Colombes, 1991), o sobre fases antiguas de la Prehistoria reciente cantábrica (Carranza, 1993).

Cataluña (José María Fullola Pericot)

En las líneas que siguen daremos cuenta de las novedades acontecidas durante los últimos cinco años en el desarrollo de la investigación del Paleolítico superior en Cataluña. Del mismo modo adjuntamos la lista de publicaciones aparecidas durante este periodo de tiempo, que hacen referencia total o parcialmente al área que nos ocupa.

Excavaciones

En los últimos cinco años las excavaciones de yacimientos del Paleolítico superior en Cataluña no han sido muy numerosas. El parón en los trabajos que se habían desarrollado en la Cova de L'Arbreda (Seriñá, Gerona), tras haber alcanzado los primeros niveles musterienses, supuso el cierre de uno de los yacimientos clave de la zona, pero que ya había proporcionado un corpus de información formidable y profusamente publicado.

El otro gran yacimiento del Paleolítico superior catalán, la Cova del Parco (Alós de Balaguer, Lérida), ha dedicado el esfuerzo de sus investigadores a los niveles de Epipaleolítico microlaminar hasta llegar al nivel II, epimagdaleniense; una pequeña cata en los niveles subyacentes (magdalenienses también, con una datación en la base de 14 300 BP) ha proporcionado un corto pero rico conjunto de materiales.

La única excavación nueva iniciada en Cataluña durante estos últimos años es la de Montlleó (Prats i Sansor, La Cerdaña, Lérida), un yacimiento magdaleniense al aire libre y en altura, en un valle pirenaico, que veremos con detenimiento en el apartado del Magdaleniense. Ha habido también intervenciones cortas en los niveles de Paleolítico superior en el

abrigo de la Griera (Calafell, Bajo Penedés, Tarragona) y en el Molí del Salt, también en Tarragona.

Balance por fases

La transición Paleolítico medio-Paleolítico superior

El problema de la transición Paleolítico medio-Paleolítico superior ha sido tema de debate en Cataluña, al igual que en muchas otras áreas europeas. No entraremos aquí en las discusiones cronológicas acerca de las excavaciones de los momentos de transición en L'Arbreda y el Abric Romaní (Capellades, Barcelona). En 1996 se publicó una reunión que se celebró en Capellades en 1995, con el título de *The last neanderthals, the first anatomically modern humans: a tale about the human diversity. Cultural change and human evolution: the crisis at 40 KY BP*. En este interesante volumen hay dos artículos que tocan temas de la transición en la zona catalana, uno con los datos geológicos (GIRALT y JULIÀ, 1996) y otro con una visión general de la zona septentrional catalana (MAROTO, SOLER y FULLOLA, 1996), con especial incidencia en el caso de L'Arbreda.

El grupo de investigación de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, bajo la dirección del profesor E. Carbonell, ha continuado con la publicación de datos sobre la transición Paleolítico medio-Paleolítico superior; cabría reseñar un trabajo de enfoque amplio sobre la Península Ibérica, muy interesante como síntesis del problema (CARBONELL *et alii*, 2000).

Auriñaciense, Gravetiense y Solutrense

Pese a los relativamente abundantes trabajos realizados sobre estos periodos durante la primera mitad de los años noventa del pasado siglo, los nuevos datos referentes a estas fases del Paleolítico superior catalán son casi inexistentes. En efecto, solo podemos citar los dos grandes resúmenes sobre el Auriñaciense (SACCHI, SOLER, MAROTO y DOMÈNECH, 1996) y sobre el Gravetiense (SOLER y MAROTO, 1996), realizados por diversos autores con motivo de los coloquios del congreso de la UISPP de Forlì y que proporcionan un *status questionis* anterior a 1996. El Solutrense no aparece en ninguna publicación.

Por lo que hace a los yacimientos, hay una atribución a momentos antiguos del Paleolítico superior del yacimiento de Pont de Goi, en Tarragona (VAQUERO, 1996). Para el abrigo de La Griera (Calafell, Tarragona), existen dos estudios sedimentológicos y paleoambientales del nivel gravetiense (BERGADÀ, 1997; BERGADÀ, 1998b).

Magdaleniense

Como hemos señalado anteriormente, las excavaciones magdalenienses en Cataluña son dos: la Cova del Parco (Alós de Balaguer, Lérida) y el yacimiento al aire libre de Montlleó (Prats i Sansor, Lérida).

Para el Parco se ha podido completar la datación del antiguo corte de las excavaciones del doctor Maluquer de 1984 con los datos cronológicos de los niveles III, V, VII y XI. Todas las fechas se han obtenido sobre muestras de carbón.

GifA 95 564: nivel III = $13\ 070 \pm 140$ BP

GifA 95 565: nivel V = $13\ 890 \pm 130$ BP

GifA 95 542: nivel VII = $14\ 040 \pm 140$ BP

GifA 95 547: nivel VII = $13\ 720 \pm 140$ BP

GifA 95 552: nivel XI = $14\ 300 \pm 150$ BP

Una pequeña cata en estos niveles magdalenienses (de 0,5 m²) nos ha proporcionado un importante conjunto de laminillas de dorso, buriles y raspadores de estos momentos medios y avanzados del Magdaleniense pirenaico; han aparecido también en el sondeo algunos ejemplares de industria ósea (en particular azagayas y agujas).

La excavación en extensión de estos últimos años se ha centrado en los niveles epipaleolíticos microlaminares, que nos han dado dos fechas para los niveles IB y IC, OxA - 8656 = $11\ 430 \pm 60$ BP y OxA - 8657 = $11\ 270 \pm 90$ BP.

Sin embargo, lo que hace de la Cova del Parco una referencia obligada para todos los investigadores que trabajan sobre este momento en la zona pirenaica son sus series climática, polínica y fitolitológica (sin incidir en la ya mencionada serie radiométrica). Se han publicado trabajos sobre el clima (BERGADÀ, BURJACHS y FULLOLA, 1999; BERGADÀ, 1999), sobre el polen (hecho por F. Burjachs, en FULLOLA *et alii*, 1997; FULLOLA *et alii*, 1999; BERGADÀ, BURJACHS y FULLOLA, 1999) y sobre los fitolitos (ALBERT, CALVO y MANGADO, 1997; ALBERT *et alii*, 1997). Para el nivel II, epimagdaleniense, existe ya el estudio traecológico y funcional (CALVO, 1997), tecnológico y funcional (hecho por R. Bartrolí en FULLOLA *et alii*, 1997) y de materias primas (MANGADO, 1998; MANGADO, FULLOLA y ROSELL, 1999). La sedimentología y la micromorfología de los niveles han sido publicados por M. M. Bergadà en forma de artículos y especialmente en el libro que ofrece una excelente visión de conjunto de este momento en esta zona (BERGADÀ, 1998a).

Durante el verano de 2000 se han reemprendido las excavaciones en extensión en el nivel II, epimag-

daleniense; en las próximas campañas se podrá empezar a tener la visión in extenso de estos niveles magdalenienses.

El otro yacimiento magdaleniense del que estamos hablando es un descubrimiento de año 1998 hecho por un aficionado en el término municipal de Prats i Sansor, en la parte leridana de La Cerdaña. Se llama Montlleó y se encuentra al aire libre, sobre un pequeño altozano en el centro del valle. Se abre en unos afloramientos postmiocénicos, al lado del Segre. Es importante constatar la altitud a la que se encuentra Montlleó, 1130 m sobre el nivel del mar, y la datación obtenida en Oxford sobre un diente de caballo, OxA - 9017 = 15 440 ± 40 BP. La industria lítica es típicamente magdaleniense, con algunos pequeños triángulos escalenos asociados a buriles, raspadores y laminas de dorso.

En la primera campaña de excavaciones, primavera de 2000, ha podido documentarse una estratigrafía con un nivel superficial (un suelo actual); por debajo hay ya los restos del depósito antrópico (con unos 40 cm de potencia), en el cual se han recuperado restos óseos, básicamente de équidos, cérvidos y de algunos bóvidos, y restos malacológicos marinos (gen. *Trivia* e *Hinia incrassata*). Entre los elementos líticos, han podido identificarse diversas litologías como el cuarzo, el cristal de roca, la cuarcita, la riolita, el jaspe y el sílex. La totalidad de estos materiales parecen tener una procedencia del valle del Ebro, ninguno de ellos parece provenir de la vertiente norepirenaica; esto parece estar indicando una procedencia meridional de estos primeros «exploradores» de este valle pirenaico hace 15 000 años.

Del Magdaleniense podemos aportar otras informaciones sobre aspectos concretos de la investigación. La fauna del yacimiento de la Bora Gran d'en Carreras (Seriñá, Gerona) (excavaciones antiguas, desde finales del XIX hasta mediados del XX) ha sido revisada en profundidad: la avifauna ha sido estudiada por L. García Petit (1997) y el conjunto de la fauna terrestre por J. Nadal, en un trabajo que da una visión global de los elementos faunísticos y paleovegetales (NADAL, ALBERT y JUAN, 1997). Se ha podido fechar un diente de *Rangifer tarandus*, uno de los muy raros restos de reno, al sur de los Pirineos, gracias a la colaboración de J. Weinstock con J. Nadal; el resultado, Ox BGA - 2153 = 13 080 ± 90 BP y Ox BGA - 2222 = 12 830 ± 80 BP, supone una confirmación de la fecha de estas industrias magdalenienses, con arpones, agujas y otros elementos del Magdaleniense superior.

Aspectos generales

No queremos terminar este balance sin dar a conocer otras visiones, tanto parciales como globales, del Paleolítico superior catalán. Hay que citar los estudios de M. M. Bergadà sobre el karst y sobre los depósitos en areniscas, o los trabajos sobre la producción laminar del Paleolítico superior y del Epipaleolítico de E. DOMÈNECH (1997, 1998 y 2000).

En lo tocante al arte, en Cataluña hay solo dos pequeñas figuras que han sido atribuidas clásicamente al Paleolítico superior: un bóvido desaparecido en la Cova de la Moleta de Cartagena, en la zona del delta del Ebro, y un grabado de un cérvido en la Cova de la Taverna (Margalef de Montsant, Tarragona); de esta última figura se ha publicado una revisión en una obra colectiva sobre el arte rupestre de algunas zonas del sur de Cataluña (FULLOLA, 1998). Los aspectos historiográficos del Paleolítico ibérico en general han sido tocados por dos investigadores catalanes, ESTÉVEZ y VILA (1999).

El papel del territorio catalán en las visiones generales de la Península Ibérica es importante y hay que citar las publicaciones sobre el área mediterránea ibérica del profesor Villaverde (VILLAYERDE, AURA y BARTON, 1998) y la del Congreso de Carcasona (FULLOLA *et alii*, 1999), o la visión del conjunto peninsular de un grupo de investigadores cantábricos, mediterráneos y portugueses (AURA *et alii*, 1998).

En las publicaciones sobre el valle del Ebro hay también importantes citas sobre la zona catalana (UTRILLA, 1997); como resumen sobre la historia de la investigación y los datos más importantes del Paleolítico catalán habría que consultar el discurso de ingreso en el Institut d'Estudis Catalans de SOLER (1999). Para la zona de Seriñá, con los yacimientos claves del Paleolítico superior catalán, como l'Arbreda, el Reclau Viver y la Bora Gran d'en Carreras, hay un excelente resumen de actualización en el Congreso de Carcasona (SOLER, 1999). Para las dataciones, hay que conocer la lista y los comentarios críticos publicados por OLÀRIA (1997).

País Valenciano (Valentín Villaverde Bonilla)

El número de excavaciones realizadas en el ámbito valenciano, en yacimientos paleolíticos, durante los últimos años ha sido reducido, y la mayor parte de los trabajos de campo se integran en proyectos cuyos inicios remontan a fechas anteriores a las que se abordan en esta breve valoración. Las novedades que aquí vamos a recoger giran en gran parte, por

tanto, en torno a los mismos yacimientos que se han ido citando en otras síntesis anteriores (VILLAVARDE, 1992 y 1995), añadiéndose solo unas cuantas referencias de más reciente excavación.

Los datos del inicio de la secuencia provienen de la Cova de Bolomor (Tavernes de la Valladigna), con niveles del Paleolítico medio antiguo, y la Cova Negra (Játiva) y el yacimiento de El Salt (Alcoy), con niveles del Paleolítico medio reciente; los del Paleolítico superior corresponden a la Cova Forada (Jávea), la Cova de les Cendres (Teulada-Moraira) y la Cova de Santa Maira (Castell de Castells). Además, se han publicado de manera detallada los resultados obtenidos en la Cova de Matutano (Vilafamés) y como novedad de especial trascendencia, citamos el descubrimiento de un abrigo con grabados de tipo paleolítico en la Serra d'en Galceran. Seguidamente pasaremos a enunciar las principales aportaciones proporcionadas por estos yacimientos, deteniéndonos solo en los aspectos de mayor significación.

En relación con el Paleolítico medio, un cierto número de trabajos han ido encaminados a avanzar en el establecimiento de la secuencia climato-estratigráfica regional, proponiendo una síntesis que abarca desde, al menos, el estadio isotópico 8 hasta el estadio isotópico 3 (FUMANAL, 1995; FUMANAL y VILLAVARDE, 1997). En este sentido, la rica secuencia de la Cova de Bolomor (FERNÁNDEZ, GUILLEM y MARTÍNEZ, 1997 y 2000), con diecisiete unidades estratigráficas, ha proporcionado información de los estadios isotópicos 8 al 5, y ha permitido establecer la existencia de cuatro fases climáticas regionales (Bolomor I a IV), con dataciones absolutas obtenidas mediante TL para los niveles XIV (OIS 7) (233 ± 35 ka y 225 ± 34 ka) y XIII (OIS 6) (152 ± 23 ka) (fase Bolomor II) y el nivel II (OIS 5) (121 ± 18 ka) (fase Bolomor IV), y una datación mediante racemización de esmalte dentario, con una elevada banda de indeterminación, para el nivel XVII (OIS 8) (525 ± 125 ka) (fase Bolomor I). Por su parte, las secuencias sedimentarias de Cova Negra y el Salt (FUMANAL, 1994; FUMANAL y VILLAVARDE, 1997; GALVÁN, 2000) abarcan del estadio isotópico 5 al 3. Cova Negra, con quince unidades estratigráficas cuyo inicio probablemente se encabalga con el final de Bolomor, que permiten establecer la existencia de seis fases climáticas (Cova Negra A a F), con dataciones de TL para el nivel XIV (OIS 5) (117 ± 17 ka) (fase Cova Negra B), el nivel XII (OIS 5) (107 ± 16 ka y 96 ± 14 ka) (fase Cova Negra C) y el nivel IV (OIS 3) (53 ± 8 ka y 50 ± 8 ka) (fase Cova Negra E). Debe recordarse que por encima de este nivel existen otros tres con industria mus-

teriese, cuya posición relativa en la secuencia ha sido interpretada como significativa de la perduración del Paleolítico medio hasta momentos correspondientes al final del OIS 3 (fase Cova Negra F). La secuencia de El Salt, con trece niveles estratigráficos, se desarrolla entre las fases Cova Negra C (niveles XIII y XII), estériles desde el punto de vista arqueológico pero fechados mediante U/Th en $81,5 \pm 2,7$ ka y $80,1 \pm 4$ ka, y la fase Cova Negra F, y se ha obtenido una datación de C^{14} AMS para el nivel V, relacionado con la fase Cova Negra E, con un resultado de 37 100 BP.

Dos aspectos parecen irse confirmado a nivel regional. Por un lado, la perduración del Paleolítico medio hasta momentos más tardíos que en otros ámbitos regionales (VILLAVARDE, AURA y BARTON, 1998), una circunstancia que, en cualquier caso, resulta coherente con lo señalado para el sur de la Península Ibérica (VEGA, 1990; HUBLIN *et alii*, 1995; PETTITT y BAILEY, 2000) o Portugal (ZILHÃO, 2000a), y todo ello sin que se registre una transformación o aculturación de los componentes tecnotipológicos de las industrias musterienses. Por otra parte, la continuidad entre las industrias del Paleolítico medio a lo largo del estadio isotópico 5, con dos inflexiones significativas en la secuencia Bolomor/Cova Negra, que permitirían establecer la existencia de tres etapas industriales diferenciadas: en primer lugar, la correspondiente a las unidades inferiores de Bolomor (Bolomor I a III), caracterizada por un mayor tamaño de los soportes y mayor presencia de calizas y cuarcitas en las materias primas, con cierta importancia de los denticulados y las raederas no charentienses, definiendo un conjunto industrial de lascas de carácter no achelense; en segundo lugar, la formada por la unidad superior de Bolomor (niveles I-V) y los niveles inferiores de Cova Negra (fase Cova Negra B), definida en este yacimiento a partir de los materiales correspondientes a las excavaciones de los años cincuenta del pasado siglo, con los niveles industriales IX-XIV, con industrias de tamaño reducido, mayor proporción de sílex, una proporción moderadamente alta de raederas y cierta presencia del retoque sobre-elevado; y en tercer lugar, las industrias del final del estadio isotópico 5 al 3, de carácter musteriense, con formatos de mayor tamaño, utilización predominante del sílex y predominio de raederas charentienses.

Finalmente, resulta interesante llamar la atención sobre la documentación tardía del empleo del fuego en la secuencia de Bolomor, pues los trabajos en extensión realizados en las últimas campañas de excavación (J. Fernández Peris, comunicación perso-

nal) ha permitido precisar que su presencia se limita a los niveles superiores de la secuencia (I-VI), coincidiendo con un cambio en las pautas de ocupación y las transformaciones industriales señaladas con anterioridad.

Resulta, por otra parte, importante recordar los estudios presentados en los últimos años sobre la dinámica de ocupación del Paleolítico medio en Cova Negra (VILLAVERDE *et alii*, 1997; VILLAVERDE, AURA y BARTON, 1998), con la valoración detenida de los cambios que en esos momentos se registran en la reducida utilización de las pequeñas presas, como los lagomorfos, y la importancia que, por el contrario, adquieren en las etapas correspondientes al Paleolítico superior regional, unas diferencias que se interpretan en relación con distintas pautas de movilidad y de uso del territorio.

En lo que respecta al Paleolítico superior, la información correspondiente a las primeras etapas ha sido aportada por el yacimiento de la Cova Forada (CASABÓ, 1997 y 1999), donde se han documentado industrias relacionadas con el Auriñaciense que incluyen información interesante para la caracterización de la primera documentación del hombre anatómicamente moderno en el País Valenciano. El yacimiento, situado en la actualidad en la misma línea de costa, ha sido estudiado desde el punto de vista geomorfológico por FUMANAL y OLMO (1997) y relacionado con las variaciones del nivel del mar en la última glaciación, y proporciona interesantes niveles con industria auriñaciense, con presencia de industria ósea y adorno, abundante fauna y restos de malacofauna, fechados entre el 29 000 y el 26 000 BP (las dataciones hasta ahora publicadas son de $29\,940 \pm 150$ BP para el nivel VI del sector I, $27\,170 \pm 150$ y $29\,420 \pm 190$ BP para el nivel V del mismo sector, y $26\,610 \pm 460$ y $28\,310 \pm 170$ BP para el nivel II del sector II). Se ha señalado igualmente en estos niveles presencia de restos humanos con marcas de descarnado. La industria parece situarse en momentos próximos a los de los niveles inferiores de Malladetes (FORTEA y JORDÁ, 1976) y Beneito (ITURBE *et alii*, 1994) y las fechas obtenidas no resultan contradictorias con la perduración hasta esos momentos del Musteriense regional.

Por su parte, los niveles inferiores de la Cova de les Cendres han proporcionado en las campañas de los dos últimos años algunos niveles con industria gravetiense que amplían la secuencia dada a conocer en un reciente trabajo de síntesis sobre los datos proporcionados por el sondeo que se efectúa en este yacimiento en los cuadros AB-17. Se trata de los

(niveles XVI y XVII, de los que se ha obtenido hasta ahora una datación para el primero, con un resultado de $24\,240 \pm 220$ BP, mediante C^{14} AMS, asociada a una industria con presencia de piezas de dorso, *gravettes* y una cierta variedad de utillaje de hueso y asta. En esos momentos la ocupación de la cavidad parece más intensa que en los niveles XIV (con una datación de $21\,240 \pm 220$ BP) y XV, cuya adscripción industrial no nos atrevemos a efectuar hasta que se excaven en extensión, dada la escasez de restos líticos localizados en el sondeo, mientras que la fauna parece registrar un incremento de restos de caballo y una cierta diversificación de especies, confirmando en parte los modelos propuestos con anterioridad para el ámbito regional (VILLAVERDE y MARTÍNEZ, 1995).

La excavación en extensión de los sectores A y B de Cendres ha confirmado la entidad de los niveles del Solutrense evolucionado, con la documentación de algunas puntas escotadas, una punta de pedúnculo y aletas y diversos foliáceos unificiales y bifaciales, así como puntas de dorso parcial, del que ya existían indicaciones cronológicas en el sondeo AB-17 (niveles XIIIB y XIII), así como la finalización de la secuencia paleolítica en momentos correspondientes al Magdaleniense superior, con la obtención de una fecha en el sector A (nivel XA) de $12\,470 \pm 100$ BP, también de C^{14} AMS, asociada a un arpón de carácter evolucionado, de dientes apenas esbozados, similar a los encontrados en Parpalló y Matutano.

Antes de pasar a referir las novedades registradas en el Magdaleniense, queremos hacer mención en estas líneas a la importante noticia presentada por TIFFAGOM (1999), a partir de los trabajos en curso que está realizando sobre la tecnología del Solutrense evolucionado de facies ibérica a partir, fundamentalmente, del estudio de los materiales de Parpalló, sobre las evidencias de tratamiento térmico en algunas hojas de laurel de los niveles del Solutrense superior de este yacimiento. El dato resulta de elevado interés por sus implicaciones en la comprensión de la tecnología del periodo y su incidencia en su comparación con industrias de situación geográfica más septentrional.

Por lo que respecta, finalmente, al Magdaleniense, dos son los temas que deben ser tratados a la hora de establecer las principales problemáticas que acompañan el estudio de estas industrias en la región: los datos aportados por la secuencia de Cendres en la seriación del Magdaleniense mediterráneo y el sugerente hallazgo de niveles del Magdaleniense superior final en el yacimiento de Santa Maira.

Con referencia al primer aspecto, la propuesta de seriación del Magdaleniense mediterráneo en dos grandes fases, Magdaleniense antiguo y Magdaleniense superior, efectuada por AURA (1995) a partir, fundamentalmente, del estudio de las colecciones de la Cova del Parpalló y la cueva de Nerja, ha sido objeto de reciente reconsideración a partir de los datos obtenidos en los niveles IX al XIIA de Cendres (VILLAVERDE, AURA Y BARTON, 1998; VILLAVERDE Y MARTÍNEZ, 2000). En ellos se observa que, subyacente a los niveles del Magdaleniense superior (IX al XIC), con una industria lítica de marcado componente microlaminar, alta proporción de buriles y una industria ósea con arpones, azagayas de doble bisel y varillas, fechada entre el $12\,470 \pm 100$ (nivel XA en el cuadro E-13) y el $13\,840 \pm 85$ BP (nivel XIC del cuadro A-17), existe al menos otro nivel, fechado en el $14\,850 \pm 85$ BP (nivel XIIA del cuadro A-17), caracterizado igualmente por una industria lítica de componente microlaminar, pero con un índice de raspador superior al de buril y una cierta importancia del grupo de las piezas retocadas, y una industria ósea abundante en la que destacan las varillas, faltan las azagayas de doble bisel y los arpones y existe una cierta importancia de las secciones aplanadas.

Los temas decorativos de alguna de las piezas asociadas a estos momentos (VILLAVERDE Y MARTÍNEZ, 2000) y la posición cronológica de esta industria, incompatible con el Magdaleniense superior con arpones formalizados, y claramente distinta del Magdaleniense antiguo B de Parpalló, han constituido elementos suficientes para plantear la existencia de una etapa que mediara entre ambas, y que en parte incluye los momentos previamente clasificados como Magdaleniense superior inicial o A, o Magdaleniense superior sin arpones, definiéndola como un Magdaleniense medio mediterráneo, claramente vinculado en términos industriales con la etapa que le sucede.

Por lo que respecta al final de la secuencia magdaleniense, los datos proporcionados por Santa Maira durante la campaña de excavaciones del año 2000 van a permitir manejar nuevos datos sobre el proceso final de esta industria y su relación con el Epipaleolítico microlaminar en el ámbito valenciano, superando así las limitaciones que al respecto caracterizan la secuencia de Cendres. En Santa Maira (E. Aura, comunicación personal) se ha alcanzado un paquete de laminaciones, con abundante materia orgánica, infrapuesto a los niveles que engloban industrias del Epipaleolítico microlaminar, en el que se aprecia un incremento de la industria ósea —punzones, puntas y agujas—, acompañado de una cierta transformación

de la industria lítica y la presencia de algún objeto, sobre piedra y hueso, con motivos incisos. Para este momento se dispone de una datación AMS sobre hueso de $11\,590 \pm 70$ BP (Beta – 149 948).

En el apartado económico, y referidos a estos mismos momentos de la secuencia, deben recordarse los estudios efectuados en Cendres (MARTÍNEZ VALLE, 1996), Tossal de la Roca (PÉREZ RIPOLL Y MARTÍNEZ VALLE, 1995) y Matutano (OLÀRIA, 1999), mostrando la importancia de la caza especializada en el ciervo o la cabra y la intensidad de su procesado, complementado con el consumo del conejo. Sin duda, los datos de las excavaciones en extensión de Cendres y Santa Maira permitirán valorar con nuevas informaciones las tendencias finales señaladas en trabajos anteriores (VILLAVERDE Y MARTÍNEZ, 1995), a la vez que los estudios actualmente en curso (PÉREZ, IBORRA Y VILLAVERDE, e. p.) sobre la estacionalidad de abatimiento de las presas, a partir de los anillos de crecimiento de las dentaciones de ciervo y cabra, permitirán avanzar en la formulación de modelos regionales de ocupación del territorio.

Para terminar este breve repaso de las novedades de estos últimos cinco años en la investigación del Paleolítico en el País Valenciano, hemos dejado uno de los hallazgos que, sin duda, ha de resultar de la máxima trascendencia a la hora de valorar el arte paleolítico de la España mediterránea: el descubrimiento de grabados de estilo paleolítico de varias figuras de animales y signos en el Abric d'en Melià (Serra d'en Galceran, Castellón), aprovechando la pared caliza de un abrigo poco profundo (GUILLEM, MARTÍNEZ Y MELIÀ, e. p.). El hallazgo, parece confirmar la existencia de un arte parietal paleolítico en abrigos, un soporte hasta la fecha poco documentado para esas cronologías, del que ya se había señalado, no obstante, su utilización durante el paleolítico en el abrigo del Barranco Hondo, en el mismo término que el yacimiento paleolítico del abrigo de Ángel (UTRILLA, 2000). El Abric d'en Melià, al igual que el yacimiento turolense, incluye representaciones de diversos animales realizadas mediante técnica de grabado y relleno de trazo estriado, junto a algunos signos de aspecto finipaleolítico, a juzgar por el estilo y convenciones en el modo de ejecución de las figuras.

Andalucía (J. Ramos Muñoz)

Introducción. Proyectos y equipos de investigación

A solicitud de la profesora Pilar Utrilla realizo una síntesis de los últimos trabajos que sobre socie-

dades cazadoras-recolectoras se han realizado en el sur atlántico-mediterráneo de la Península Ibérica desde 1996 hasta la actualidad (febrero de 2001). Hay que recordar que, con motivo del homenaje al profesor Francisco Jordá por el Patronato de la Cueva de Nerja, se publicó una síntesis muy completa de los estudios del Paleolítico en Andalucía, que sirve de balance y estado de la cuestión desde perspectivas histórico-culturales (CORTÉS, MUÑOZ, SIMÓN y SANCHIDRIÁN, 1996).

Inicialmente hay que indicar un gran desfase en los trabajos, con numerosas contribuciones en Cádiz, y en menor medida en Málaga, Córdoba, Sevilla y Huelva. Se incluyen los datos y bibliografía de los últimos trabajos en Gibraltar, por la lógica situación del medio natural y la vinculación histórica con las ocupaciones humanas del Pleistoceno.

Los trabajos se vinculan en general a proyectos de investigación. Los desarrollados en Cádiz son los siguientes:

- *Prospecciones arqueológicas y análisis geocronológicos y sedimentológicos en la cuenca del río Guadalete* (Consejería de Cultura. Junta de Andalucía), con dirección de Francisco Giles.
- *Gibraltar caves project*, con la dirección de Clive Finlayson y Francisco Giles.
- *La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz* (Consejería de Cultura. Junta de Andalucía) y *Estudio de las formaciones económicas y sociales prehistóricas de la banda atlántica de Cádiz* (Plan Andaluz de Investigación. Grupo PAI-HUM-440. Junta de Andalucía), desarrollados desde el área de Prehistoria de la Universidad de Cádiz, con responsabilidad de José Ramos.
- Proyecto geoarqueológico *Cambios históricos en la línea de costa en la bahía de Cádiz* (Consejería de Cultura. Junta de Andalucía), con dirección de Javier Gracia.
- Proyecto geoarqueológico *Antípolis. Reconstrucción de la línea de costa de la bahía de Cádiz*, con dirección de Oswaldo Arteaga (Universidad de Sevilla) y Horst D. Schulz (Universidad de Bremen).
- Proyecto de arqueometría titulado *Caracterización mineralógica y petrológica, áreas fuente de las materias primas y tecnología de uso, de las industrias líticas de las comuni-*

dades prehistóricas de la banda atlántica de Cádiz (PB 96-1520 DGES), con dirección de Salvador Domínguez.

Hay que destacar trabajos de tesis y tesinas. En la Universidad de Cádiz, Vicente Castañeda ha defendido su tesis doctoral, titulada *Las bandas de cazadores-recolectores en Andalucía*, bajo la codirección de José Ramos y Oswaldo Arteaga. Han leído sus memorias de licenciatura Isabel Cáceres —*Estudio tafonómico y paleoeconómico del yacimiento cueva del Higueral de Valleja (Arcos de la Frontera, Cádiz)*, codirigida por José Ramos y Carlos Díez— y Nuria Herrero —*Los productos arqueológicos de La Caleta (Cádiz). Un ejemplo para acercarnos al conocimiento de las formaciones económicas y sociales de cazadores-recolectores de la bahía de Cádiz*—, con dirección de José Ramos.

Hay que destacar también los estudios de Martí Mas y Sergio Ripoll, encuadrados en el proyecto *Las manifestaciones rupestres prehistóricas gaditanas*, que se desarrolló entre 1988 y 1993, y no ha dejado de generar contribuciones, así como de Lothar Bergmann y el Grupo de Trabajo para el Estudio y la Defensa del Patrimonio Arqueológico del Campo de Gibraltar.

En Huelva indicaremos los estudios de Joaquín Rodríguez Vidal y Francisco Borja, que versan sobre la reconstrucción del nivel del mar en el Tardiglacial y Holoceno. Y Francisco Nocete en el proyecto *Odiel*, que aunque ha trabajado especialmente en los procesos de jerarquización social de la Prehistoria Reciente ha controlado un muy interesante registro de localizaciones de las últimas comunidades cazadoras-recolectoras, en el entorno del Odiel y en diversos ámbitos de Huelva. También indicar la publicación de la tesis doctoral de ORIHUELA (1999), como revisión historiográfica de la Prehistoria en Andalucía Occidental.

En Málaga las actividades se han agrupado en torno a estudios especializados en cueva de Nerja, con responsabilidad de José L. Sanchidrián, y de la cueva de Ardales, a cargo de Pedro Cantalejo, Mar Espejo, Juan J. Durán y José Ramos. Han continuado los estudios sobre la interesante secuencia de la cueva de Bajondillo, a cargo de Miguel Cortés y María Dolores Simón. Y en el Complejo del Humo, por Julián Ramos y Juan J. Durán. Indicar también que hemos iniciado recientemente un proyecto de estudios de terrazas e industrias cuaternarias en el curso del río Guadalhorce (Juan J. Durán, José Ramos, Javier Medianero y Pedro Cantalejo).

En Córdoba destacan las excavaciones en la cueva del Pirulejo (Priego de Córdoba) con una interesante secuencia magdaleniense, de la que destaca una azagaya decorada con trazo sinuoso que recuerda motivos cantábricos (La Pasiega, Hornos de la Peña). Miguel Cortés, M.^a Dolores Asquerino y José L. Sanchidrián (1998) han llevado a cabo los últimos trabajos completados por los estudios de materias primas de M.^a Dolores Simón (1998) y de elementos ornamentales de Victoria E. Muñoz (1998). Todo lo anterior, en SANCHIDRIÁN y SIMÓN (1998).

Desarrollo metodológico

En el marco del proyecto *Estudio de las formaciones económicas y sociales prehistóricas de la banda atlántica de Cádiz*, hemos desarrollado trabajos metodológicos con la idea de fijar las bases conceptuales de estudio de las comunidades de cazadores-recolectores, así como de otras sociedades. Esto exigió una detenida visión historiográfica, para comprender los precedentes y la tradición de base histórico-cultural que dominó el estudio del Paleolítico en el sur de España. Así, Vicente Castañeda desarrolló un sustantivo análisis de la Arqueología Paleolítica del sur peninsular en su tesis doctoral (CASTAÑEDA, 2000a). Realizó una proyección concreta al caso de Málaga, valorando cómo se fue incrustando la *tradición evolucionista* en relación a los descubrimientos de cavidades como Pileta o Ardales y la fijación del modelo normativo de gran peso de la tradición francesa (CASTAÑEDA, 1999).

RAMOS (1998a, 1998b, 1999a) ha realizado un trabajo de fijación conceptual de categorías de análisis que, utilizadas en otras tradiciones historiográficas americanas y europeas, apenas se habían aplicado al Paleolítico del sur peninsular. Por ello ha incidido en el análisis de categorías básicas para ser contrastadas con el registro arqueológico y en general con un modelo de trabajo interesado en la reconstrucción histórico-social. Pretende estudiar el modo de producción y de reproducción social de las formaciones económicas y sociales.

Hay que indicar que el *Gibraltar caves project* tiene una línea metodológica adaptativa-ecológica; al igual que el *Proyecto Guadalete*, unido en este caso con una ordenación y explicación histórico-cultural.

Los estudios en Huelva de Francisco Nocete y Antonio Orihuela se enmarcan en la perspectiva teórico-metodológica de la arqueología social.

Recordar también que los colegas que trabajan en Málaga: Julián Ramos, Miguel Cortés y María

Dolores Simón, estudian sus secuencias desde la perspectiva histórico-cultural. Que los estudios de arte de José Luis Sanchidrián pretenden aproximaciones desde un enfoque analítico estructural. Y que los estudios en Ardales a cargo de Pedro Cantalejo, Mar Espejo y José Ramos son desarrollados desde la arqueología social.

La proyección social de estos trabajos, desde un enfoque didáctico, en el sentido de un esfuerzo para llegar a sectores mayores que el de los profesionales de la arqueología prehistórica, no se ha prodigado mucho. En este sentido cabe destacar el trabajo de CANTALEJO, ESPEJO y RAMOS (1997) sobre la cueva de Ardales.

Geoarqueología

Se vienen realizando las contribuciones geomorfológicas de los distintos depósitos por Javier Gracia, para el *Proyecto Guadalete* y banda atlántica. Juan J. Durán realiza dichos estudios en las localizaciones de Málaga, tanto en los depósitos fluviales (Guadalteba) como de abrigos (Alfarnatejo). Así se comienza a tener una interesante visión de conformación de cuencas, tipos de depósitos y modelos de correlación, con obtención de inferencias geocronológicas y paleoclimáticas (GRACIA, 1999; ANDRÉS Y GRACIA, 2000; GILES, SANTIAGO *et alii*, 2000; RAMOS, DURÁN *et alii*, 1999; RAMOS *et alii*, 2001).

También hemos de destacar la contribución de Oswaldo Arteaga (septiembre-octubre de 2000), en proyectos geoarqueológicos, que ha profundizado en una formulación dialéctica del proceso natural y sociohistórico. Ha cuestionado así los modelos impuestos por modas y seguidos acríticamente, que habían generado una dependencia total con las escuelas de Cambridge, Chicago y del paisaje (ARTEAGA y HOFFMANN, 1999). Su trabajo tiene la valentía de cuestionar una tradición investigadora, muy seguida, de aplicación de modelos alpinos a la secuencia y a los rasgos geoclimáticos. Y junto a ello ha incidido en la formulación de una revisión de los parámetros de estudio para los cazadores-recolectores del ámbito atlántico-mediterráneo del sur peninsular. Incide así en la peculiaridad climática, de vegetación, faunística y por supuesto sociohistórica (ARTEAGA y HOFFMANN, 1999). La aplicación de estos parámetros al *Proyecto Antipolis* está aportando resultados muy interesantes sobre reconstrucción de la línea de costa en diversos momentos del Pleistoceno y del Holoceno, con aporte de gran información paleoambiental para la bahía de Cádiz.

Estudios de captación y recursos líticos

Los diversos proyectos valoran cada vez con mayor rigor estos aspectos vinculados con la captación y gestión de los recursos líticos. Se aprecia un uso específico del material adyacente a las formaciones de terrazas, glacis o depósitos marinos, en las comunidades de tecnología achelense. Los grupos musterienses disponen ya de sílex de cierta lejanía. Y las comunidades de tecnología solutrense y magdalenense evidencian procesos de movilidad destacados, pues la variedad de litologías es considerable (RAMOS, DOMÍNGUEZ y CASTAÑEDA, 1999; RAMOS, DOMÍNGUEZ *et alii*, e. p. a, e. p. b y e. p. c; RAMOS, DURÁN *et alii*, 1999).

Tafonomía

Cabe recordar inicialmente el esfuerzo y sistematización general para las cordilleras béticas de RUIZ BUSTOS (1997 y 2000), al contrastar los estudios faunísticos con una sucesión de biozonas y rasgos climáticos propios de etapas de Interglacial mediterráneo.

Vienen siendo muy interesantes los trabajos de Isabel Cáceres, que ha estudiado registros de Higueral de Valleja, Higueral de Motillas, Tajo Doña Ana I, Palmones, Retamar y La Mesa. Destaca su preocupación por el análisis tafonómico y perspectivas de interpretación de la movilidad y frecuentación de las ocupaciones en relación a los testimonios faunísticos (CÁCERES, 1999a, 1999b; CÁCERES y ANCONETANI, 1997).

Las excavaciones en Gibraltar han dado resultados, tanto de macromamíferos (FERNÁNDEZ-JALVO y ANDREWS, 2000), como de microfauna (DENYS, 2000), como de avifauna (COOPER, 2000), y en general aportan una visión adaptativa de la relación de los grupos humanos con el entorno (FINLAYSON *et alii*, 2000).

También han sido muy interesantes las contribuciones de síntesis de la cueva de Nerja, relativas a fauna marina (PÉREZ y RAGA, 1998), al contraste de la fauna Tardiglacial con la del Holoceno (MORALES, ROSELLÓ y HERNÁNDEZ, 1998), así como los estudios de malacofauna (SERRANO *et alii*, 1998). Igualmente reseñar las contribuciones ecológicas de biología vegetal, referidas al registro de pino en Nerja (BADAL, 1998) y en general a la reconstrucción de datos de vegetación en Gibraltar.

Tecnología y paleoeconomía de grupos del Paleolítico inferior y medio

Los estudios se han vinculado con la reconstrucción geomorfológica. Especialmente son novedosas las aportaciones del río Guadalete y banda atlántica en Cádiz (se han realizado también prospecciones en los términos de Medina-Sidonia, Vejer de la Frontera, Barbate y Tarifa). La reconstrucción geomorfológica de la secuencia del Guadalete la enmarcan en seis niveles de terrazas, en relación a productos de conexión estratigráfica en diversa tecnología achelense y musteriense (GILES, GUTIÉRREZ, MATA y SANTIAGO, 1996 y 1999). Los depósitos en la banda atlántica son en terrazas, en arenas rojas y en depósitos costeros, junto a glacis de cobertera y endorreicos.

Hemos documentado localizaciones en terrazas en arroyo de la Cueva, Camino de los Marchantes I y II, arroyo del Obispo, La Mesa, río Salado de Conil, Fuente del Viejo, Barbate, Virgen de la Oliva, terrazas del río Almodóvar (Cortijo de los Caserones, Arráez, Casa del Espinazuelo, cerro de las Campanillas, embalse del Almodóvar), completando los registros clásicos de La Janda en Cortijo de Tapatanilla y Cortijo de Tahivilla.

Hay localizaciones costeras en depósitos junto a glacis de cobertera en Puntalejo I y II, playa de los Bancos, Punta de Camarinal, Paloma Baja, Punta Paloma, Torre de la Peña, y depósitos en arenas rojas con amplia adscripción Pleistoceno superior en Caños de Meca.

GRACIA (1999) ha estudiado los niveles de terrazas del río Iro y de otros depósitos, vinculando morfologías aluviales con lacustres en relación a oscilaciones eustáticas, formaciones de karst y fenómenos de neotectónica. Se trataría de ámbitos lacustres que son capturados por la red fluvial. La realidad de esta región fue de importantes zonas lacustres, con gran potencial de recursos faunísticos e hídricos. También está realizando contribuciones sobre episodios marinos que afectaron a la morfología litoral durante el Cuaternario (ANDRÉS y GRACIA, 2000), en algunos casos en depósitos en conexión de tecnología achelense y musteriense (RAMOS *et alii*, 2001; RAMOS, DURÁN *et alii*, e. p. c).

La tecnología evidencia una vinculación probablemente con grupos descendientes de las comunidades locales de *Homo erectus* europeos, que deben estar en la línea de los grupos descendientes de *Homo antecessor*. La tecnología es muy uniforme con guijarros tallados, bifaces y hendedores. Predominan bifaces clásicos espesos, amigdaloides. Entre los pro-

ductos de talla se documentan núcleos centrípetos y núcleos de técnica levallois. Hay registrados útiles sobre lascas, entre los que destacan las raederas.

La petrología característica de las ocupaciones achelenses consiste en materias primas locales, situadas en las propias formaciones estratigráficas. Se documentan areniscas de facies Aljibe de grano fino en la Laguna de la Janda. En las terrazas del río Salado, el Iro y el arroyo de la Cueva hay areniscas y areniscas del Aljibe con grano medio grueso. También se documentan útiles sobre sílex poroso con bandeados (RAMOS, DOMÍNGUEZ y CASTAÑEDA, 1999).

En el Guadalete se ha señalado la presencia de materias primas heterogéneas, protocarcitas, sílex y areniscas (GILES, GUTIÉRREZ, MATA y SANTIAGO, 1996 y 1999).

El trabajo de la sexta campaña de prospecciones en el río Guadalete (GILES, GUTIÉRREZ, MATA y SANTIAGO, 1999) se ha centrado en el estudio del sector Villamartín-Puerto Serrano. Enmarcan los resultados en la visión integral de la cuenca en relación a la evolución geomorfológica, estratigráfica y sedimentológica. En dicho espacio han identificado seis niveles de terrazas. Apuntan un enmarque cronológico para los niveles adscritos a T5-T6 en Pleistoceno medio; vinculando los niveles T4-T3 con el interglaciario Riss-Würm. T2 contiene en su cobertera productos del Pleistoceno superior. Los resultados han sido interesantes: se han documentado veinticuatro localizaciones, en superficie y en conexión estratigráfica, vinculadas al mencionado modelo de depósitos. Han aportado un avance al estudio arqueológico desde el sistema lógico analítico. Así, al Pleistoceno medio en T6 y T5 vinculan Montebú y Cortijo de la Perdiz; en T4 localizan el cerro del Carpintero, y en T3 un interesante conjunto adscrito a Achelense final en Cortijo de Montebú. Han identificado tecnocomplejos del Paleolítico medio en Hacienda Siret I, Cortijo de Novillero, Cortijo de la Perdiz, Cortijo de la Mediana, Matavaca, El Coto y La Laguna. Indican que son depósitos en conexión en glaciares, depósitos de T3 y depósitos de cobertera (GILES, GUTIÉRREZ, MATA y SANTIAGO, 1999).

Nuria Herrero ha estudiado los conjuntos líticos de La Caleta en Cádiz, enmarcando dicho depósito en un paleocauce del río Guadalete, con estudio de un importante conjunto depositado en el Museo Arqueológico de Cádiz. Analiza las materias primas (sílex, cuarcitas, areniscas) y ordena el conjunto con la analítica estructural, como tecnología vinculada a comunidades de *Homo sapiens neanderthalensis*. Son destacadas las series de raederas y puntas, así

como otros productos de tipo hendedores, bifaces. Vincula dicho registro a la movilidad de dichas comunidades, en la banda atlántica de Cádiz (HERREIRO, 2001, e. p. a y e. p. b).

En el Campo de Gibraltar se han estudiado los emplazamientos de El Chaparral (GILES, GRACIA *et alii*, 2000). Excavado en 1997, se sitúa en el sistema de terrazas del río Palmones. En una T3 (a +23-24,5 m). La excavación de urgencia se realizó en un depósito fluvial de transición de llanura de inundación a barra fluvial; ello condicionó lógicamente la explicación funcional del mismo. La materia prima es local con uso de areniscas y protocarcitas para el macrouillaje y sílex para algunas lascas retocadas. Analizado el tecnocomplejo ha sido valorado como achelense evolucionado, con destacadas series de hendedores y bifaces. Sus excavadores avanzan una correlación con Atapuerca en los estadios isotópicos 8 a 6 del Pleistoceno medio avanzado (GILES, GRACIA *et alii*, 2000).

También en el Campo de Gibraltar (GILES, GRACIA *et alii*, 2000) han dado nuevas aportaciones al estudio de Guadalquítón-Borondo. En este caso la materia prima básica es la protocarcita. Un reducido conjunto lítico es definido en un preciso enmarque cronológico en el estadio isotópico 5 con industrias del Achelense superior. Dicho nivel se ha documentado en Gibraltar, con cronologías absolutas en Deadman's Beach, e industrias en conexión, así como en otros depósitos en el litoral atlántico (GILES, GRACIA *et alii*, 2000).

Se ha estudiado también el enclave de Ringo Rango (RAMOS *et alii*, 2001), que se documentó en las terrazas fluviales del río Palmones, producto de la excavación de la villa romana del mismo nombre, a cargo del profesor doctor Darío Bernal y Lourdes Lorenzo. En dicha excavación se ha confirmado la presencia de productos arqueológicos paleolíticos en el interior del depósito. Javier Gracia ha realizado el estudio en un enmarque en cinco niveles de terrazas, ubicándose el yacimiento en la situada a +30-35 m sobre el *talweg* del río Palmones. Se ha identificado una estratificación con nivel edáfico, nivel arenoso intermedio y nivel inferior de gravas. Se trata de un típico depósito de un medio fluvial, cuyas características sedimentológicas originales y representatividad regional permiten abordar sugerentes correlaciones estratigráficas. Salvador Domínguez ha realizado el estudio petrológico de los productos del depósito de Ringo Rango, identificando rocas detríticas (areniscas compactas, de distintos tonos y colores), cuarcitas y rocas metamórficas procedentes de arrastres flu-

viales, caso de metapelitas y rocas ígneas de tipo doleritas. Analizados los productos tallados por el sistema lógico analítico hemos constatado un conjunto de útiles como bifaces, cantos trabajados, hendedores y triedros en un enmarque geomorfológico genérico de Pleistoceno medio.

Una asociación funcional de los productos permite plantear una vinculación del instrumental para la caza (bifaces, triedros) con utillajes asociados con el despiece y carnicería (hendedores, grandes lascas retocadas) e incluso con actividades domésticas (utillaje sobre lascas, raederas, muescas). Se vincula junto a otras localizaciones del ámbito atlántico a lugares de situación estratégica muy clara, con buena disponibilidad de localización de recursos.

Estas localizaciones en La Janda, Guadalete, banda atlántica y Campo de Gibraltar, tan homogéneas, permiten inferir vinculaciones tecnológicas en el marco de la movilidad de las bandas de cazadores-recolectores, con definidos cuadros tecnológicos de bifaces, hendedores, triedros y herramientas sobre lascas. Los valles fluviales sirvieron como medios de facilitar la comunicación de las localizaciones de la costa con el interior.

Los registros del Guadalteba, que actualmente están siendo estudiadas por nuestro grupo en Campillos-Peñarubia (Málaga), se enmarcan en al menos siete niveles de terrazas, en estudio por Juan J. Durán, con diversas conexiones estratigráficas. La tecnología está realizada en materiales subbéticos, con cuarcitas, sílex y rocas básicas. Hay series líticas de cantos de talla unifacial y bifacial, bifaces, hendedores y triedros, que pueden enmarcarse en los conceptos de Achelense antiguo y pleno ibérico, asociadas a fauna de *equus* y claros conjuntos musterienses. Se aprecia una sintonía tecnológica e histórica con los conjuntos de la baja Andalucía y con los enclaves del subbético inmediatos (Alto Vélez, Genil, depresiones interiores granadinas) (RAMOS, 1999b).

Hay una clara vinculación tecnológica e histórica de los grupos de cazadores-recolectores de la banda atlántica (RAMOS *et alii*, 1998 y 1999) con los de las depresiones fluviales del bajo Guadalquivir (VALLESPÍ, 1994) y Guadalete (GILES, GUTIÉRREZ, MATA y SANTIAGO, 1996 y 1999). Pueden enmarcarse tecnológicamente en lo propuesto por VALLESPÍ (1994) como Achelense pleno ibérico. Hay que destacar también que a raíz de estos trabajos estamos valorando la formulación original de VALLESPÍ (1992 y 1994) para la baja Andalucía, de Achelense antiguo ibérico y Achelense superior. Hay que profundizar en su contribución al considerar la sucesión tecnológica

en relación a sus autores. Al entrever posibles convivencias de diversos grupos, que hoy bien podrían denominarse descendientes de los *Homo antecessor* con los grupos preneanderthales o ya incluso con los *Homo sapiens neanderthalensis*. Trabajamos en la idea de convergencia para profundizar en la diversidad tecnológica, como matización de los modos de vida, en modos de trabajos empíricos. También hay que seguir cuestionando los «casilleros» mentales de *Achelense*, *Musteriense de tradición achelense*, *Musteriense*, que en algunos casos han sido auténticas losas en los parámetros de ordenación cultural, como observó VALLESPÍ (1992 y 1994), sin correspondencia antropológica ni evidencia de sucesión regional.

Las vinculaciones tecnológicas de los emplazamientos prueban la movilidad de las bandas de cazadores-recolectores y un cuadro genérico de un mismo modo de vida, concretado en específicas estrategias de caza organizada de grandes mamíferos en las depresiones y piedemontes de las sierras de interior. De la distribución regional de testimonios achelenses se infieren diversos modos de trabajo respecto a la fauna cazada, en relación a los diversos ecosistemas (ámbitos lacustres, depresiones interiores, vías fluviales de comunicación).

Contribuciones interesantes al registro musteriense son los estratos n.º 12 a 17 de cueva de Bajondillo (CORTÉS y SIMÓN, 1998: 40) y el estudio del abrigo del Tajo de Doña Ana I (Alfarnatejo, Málaga) (RAMOS, DURÁN *et alii*, 1999). Junto a una industria musteriense se han identificado *Vulpes vulpes*, *Orictolargus cuniculus* y especies de herbívoros, que sugieren un medio arbolado con espacios abiertos. Se sitúa en el alto Vélez, en un lugar estratégico para el control de la caza. El estudio actual sugiere evidencias de suelos de ocupación con posibles hogares y evidencias de consumo. Es un cazadero donde se han podido desarrollar actividades de procesamiento y consumo de animales cazados.

Este tipo de emplazamientos prueba que las actividades productivas en variados territorios se vinculan a la movilidad de las bandas y evidencia la cohesión social de los grupos, que optimizan la fuerza de trabajo en la elección y previsión de sus estrategias de caza.

Tecnología y paleoeconomía de grupos del Paleolítico superior

En la línea de lo que había indicado en un anterior trabajo, la continuidad de la investigación viene confirmando la personalidad regional, la peculiaridad

de la secuencia histórica y de los modos de vida respecto a otras áreas de la Península Ibérica, donde condiciones de clima más duras conllevaron un diferente registro faunístico (RAMOS, 1994). También se aprecia la aplicación de modelos más consolidados en los estudios tecnológicos, desde parámetros lógico-analíticos. Y la preocupación por nuevos temas de investigación, a destacar en el ámbito regional y en concreto en la zona que abordamos. Me refiero al estudio de la movilidad, estacionalidad, organización de estrategias de caza, estructuración y agregación de las comunidades en relación a los santuarios, así como racionalidad económica de esta formación social (ARTEAGA, RAMOS y ROOS, 1998; CANTALEJO, ESPEJO y RAMOS, 1997; CANTALEJO y ESPEJO, 1998; CASTAÑEDA, 2000a; CASTAÑEDA y HERRERO, 1998; CASTAÑEDA, HERRERO y RAMOS, 1999; HERRERO y CASTAÑEDA, 1998; RAMOS *et alii*, 1999 y 2000).

Hemos planteado la necesidad de valorar la personalidad regional de la transición de *Homo sapiens neanderthalensis* a *Homo sapiens sapiens*, en el marco de una auténtica zona de refugio, y con personalidad propia, donde caben análisis de convivencia, aculturación, enculturación y mestizaje (RAMOS, 1994; CASTAÑEDA y HERRERO, 1999), en la línea de debates europeos. También queremos indicar que en este aspecto caben perspectivas de análisis diferentes a la adaptativo-ecológica. Modelos en dicha línea han sido formulados en los estudios regionales en las aportaciones de (FINLAYSON *et alii*, 2000; FINLAYSON, FINLAYSON y FA, 2000; STRINGER, 2000; STRINGER *et alii*, 1999), que plantean un modelo extremo adaptativo en el marco de las transformaciones climáticas de OIS 3 a OIS 2. Su modelo se explica desde la relación de las respuestas humanas a los cambios en el entorno físico y biótico. Por tanto, los cambios físicos determinarían, según dicha explicación, cambios tecnológicos e incluso antropológicos, llegando al extremo de descartar cualquier tipo de convivencia entre ambos grupos. Frente a este tipo de modelos consideramos que caben explicaciones alternativas, desde la valoración de las sociedades como mucho más que *cultura y adaptación ecológica* (RAMOS, 1999a y 2000).

La publicación del I Simposio de Prehistoria de la Cueva de Nerja, que se había realizado en la cueva de Nerja en homenaje al profesor Francisco Jordá, pone de manifiesto un panorama de las nuevas perspectivas, junto al mantenimiento de posiciones más tradicionales (SANCHIDRIÁN y SIMÓN, 1998).

Los colegas que trabajan en la cueva de Bajondillo mantienen un modelo de secuencia donde sobre

el Musteriense se superpone Auriñaciense (estrato 11), Gravetiense (estrato 10), Solutrense medio (estrato 9) y Solutreogravetiense (estratos 6, 7 y 8). En principio debe indicarse el ajustado marco cronológico del depósito travertínico entre 25 300 y 26 500 \pm 15/20 años BP o la de 27 300 \pm 1700 BP —Series de Uranio— (DURÁN *et alii*, 1988). Es decir, que conlleva una limitada discordancia cronológica para una secuencia tan amplia. Por otro lado es difícil encajar para un estrato Solutreogravetiense dichas cronologías. Presenta dificultad de definición el pretendido nivel Auriñaciense, reconocida incluso por sus autores (CORTÉS y SIMÓN, 1997: 284). Tanto el Auriñaciense como el Gravetiense de esta cueva, así como de la de Nerja, deberían ser valorados con cuidado, por lo limitado aún de los registros, excesivamente forzados en su encuadre tipológico sobre fósiles-guía y en enmarques reiterativos con el contexto con sureste y levante (CORTÉS y SIMÓN, 1997: 286), que deben empezar a ser cuestionados. Recordemos la valoración en su día como genérico Paleolítico superior inicial (JORDÁ, AURA y JORDÁ, 1990).

Para la cueva de Nerja (AURA *et alii*, 1998) han elaborado una síntesis de la secuencia, de la sala del vestíbulo, que comenzaría por Paleolítico superior inicial (niveles 13 al 11), adscrito ahora como Gravetiense. Las capas (niveles 10 al 8) se adscriben como Solutrense medio-superior. Las capas del nivel 7 al 5 quedan vinculadas como Magdaleniense superior mediterráneo. El nivel 3 se considera como ocupación Epipaleolítico-reciente/Mesolítico, indicando la asociación a una fosa neolítica, pero con cronología de 7240 \pm 80 BP. Conviene recordar que los autores reconocen un primer diagnóstico neolítico de este conjunto de capas «Durante la excavación del sondeo C-4, esta capa fue considerada como el primer horizonte neolítico de la secuencia. La identificación de restos de ovicaprinos asociados a la presencia de cerámica fueron decisivas en esta primera adscripción» (AURA *et alii*, 1998: 223). Asignan al Neolítico el nivel 2, pero indican la presencia de utillaje lítico claramente epipaleolítico, así como fauna salvaje. Con todo y a la espera de la anunciada próxima publicación monográfica del Paleolítico superior, parece observarse una continuidad ocupacional y tecnológica, como un tránsito local a nuevas formas de economía de producción.

Algunos arqueólogos que trabajamos en el sur cuestionamos la interpretación de estas secuencias (ARTEAGA, RAMOS y ROOS, 1998; CASTAÑEDA, 2000a; RAMOS, 1994; RAMOS *et alii*, 2000). Las hipótesis alternativas se enmarcan en la personalidad de la

secuencia en el marco de un encuadre Atlántico-Mediterráneo, que permite cuestionar tanto el modelo histórico-cultural francés, de Chatelperroniense, Auriñaciense y Gravetiense, como de su matización levantina. Hay una realidad de continuidad de poblamiento, como también se confirma en los recientes estudios de Gibraltar (FINLAYSON y GILES, 2000). Se debería trabajar en la mejor definición de estos 15 000 años hasta la documentación de comunidades portadoras de tecnología denominada *solutrense*. Pero debemos cuestionar los modelos miméticamente aplicados de otras regiones.

Son así destacados los registros novedosos de tecnología solutrense en Cádiz, tanto en el Guadalete como en los sistemas kársticos. Son interesantes los nuevos hallazgos de Las Arenosas, cueva de Higueral de Sierra Valleja, cueva de Higueral de Motillas y Llanos de Don Pedro en el marco tecnológico solutrense. Los Frailes y La Escalera 1 son enmarcados en un Paleolítico superior final (GILES, GUTIÉRREZ, MATA y SANTIAGO, 1996 y 1999). De estos conjuntos se comienza a vertebrar una explicación funcional en relación a captación de recursos y procesos de talla.

En la banda atlántica (La Fontanilla, Pinar del Rey, Torre Almirante y río Palmones), sugieren una original secuencia de ocupación de comunidades costeras, vinculadas a las del interior (tanto del entorno del Guadalete como de las sierras), con tecnología muy definida de conjuntos de dorsos abatidos y foliáceos, y con proyección histórica de ocupaciones más recientes (CASTAÑEDA, 2000a y 2000b; CASTAÑEDA y HERRERO, 1998; CASTAÑEDA, HERRERO y RAMOS, 1999; RAMOS, DOMÍNGUEZ y CASTAÑEDA, 1999; RAMOS, DURÁN *et alii*, 1999; RAMOS *et alii*, 2000).

Ante la ordenación de un número cada vez mayor de hallazgos considerados como solutrenses se han desarrollado nuevos enfoques en la línea de la funcionalidad de los mismos, con valoración y explicación en relación a la frecuentación de los enclaves. Así comienzan análisis donde la territorialidad se enmarca respecto a las relaciones sociales de producción y de reproducción. En dicho marco los asentamientos estacionales se valoran como espacios sociales, vinculados a la estructuración social del medio circundante y a ámbitos mayores, respecto a la apropiación de recursos de diferentes medios. También comienzan explicaciones de la producción lítica entendida como fuerza de trabajo, relacionada con la estructura económica de las comunidades (ARTEAGA, RAMOS y ROOS, 1998: 77; RAMOS, DURÁN *et alii*, 1999; RAMOS *et alii*, 2000).

Hemos de indicar también el planteamiento de

explicaciones de orden de diferentes modos de vida en la variedad solutrense-magdalenense como alternativa (ARTEAGA, RAMOS y ROOS, 1998; CASTAÑEDA, 2000a) de ocupación interior-costa, en el ámbito de una explicación concreta atlántica-mediterránea.

Como hemos indicado, los estudios acerca de la fauna han cobrado un gran auge. Cabe indicar la contribución metodológica a cargo de CÁCERES (1999a y 1999b) y CÁCERES y ANCONETANI (1997). Sus estudios acerca de la fauna de la cueva de Higueral de Valleja y de la cueva de Higueral de Motilla documentan que las especies más cazadas han sido el ciervo, cabra montés, caballo y conejo, y analizan los procesos tafonómicos para determinar el proceso de trabajo (caza, despellejamiento, desarticulación, evisceración, descarnación). A partir de la determinación de las especies han profundizado en el estudio tafonómico, con análisis tanto bioestratinómico como fosildiagenético. Es interesante su contribución al proceso modificador por agentes biológicos, con evidencias de marcas de carnívoros (CÁCERES, 1999b). Pero debemos destacar la contribución de estas técnicas como aportación para el conocimiento de las comunidades de cazadores-recolectores. Así, interpretan Higueral de Motillas como lugar de hábitat temporal, por la riqueza venatoria representada por grupos de animales jóvenes y subadultos, lo que indica una ocupación de primavera a otoño. Es así interesante la conjunción de datos tecnológicos (GILES, GUTIÉRREZ, SANTIAGO y MATA, 1996 y 1999) con los faunísticos en las cuevas de las sierras de Cádiz para la comprensión de algunos asentamientos como lugares de hábitat con caza muy determinada de herbívoros (*cervus, capra*) (CÁCERES, 1999b).

Hay que destacar también el impulso y aportación de datos que ha tenido la reciente investigación en Gibraltar. Finlayson ha destacado los componentes constantes a partir de OIS 3, como *Cervus elaphus*, *Bos primigenius*, *Orientalargus cuniculus*, *Stephanorhinus cf. hemitoechus*, *Equus caballus* y *Sus scrofa*. Hay que señalar también una variada serie de especies carnívoras y de pájaros.

Debemos destacar además los estudios faunísticos de la cueva de Nerja. Es interesante la contribución de PÉREZ y RAGA (1998), sobre la importancia de los recursos marinos por las comunidades que han habitado la cavidad. Inciden en la importancia de la pesca, en la recolección de moluscos y crustáceos y en la caza de foca monje, así como en el aprovechamiento de cetáceos varados. Hay que indicar también que la riqueza ósea y la variedad taxonómica es notoria a partir del Magdaleniense, con fauna terrestre y

marina. Ha sido también muy sugerente la visión crítica sobre el registro faunístico de la cueva de Nerja a cargo de MORALES, ROSELLÓ y HERNÁNDEZ (1998), en el marco de la transición Tardiglacial-Holoceno. Es así sugerente la hipótesis de trabajo de valorar los recursos marinos en relación a una primera etapa de acondicionamiento de la cueva para una posterior explotación de caza y recolección de recursos vegetales. Así, basa las estrategias de explotación de animales, como la caza de la cabra montés y en menor medida de ungulados y conejos. En este sentido minusvalora la importancia de los recursos de pesca y marisqueo, aunque considera el problema real de que aún falta mucha información acerca de los recursos vegetales (MORALES, ROSELLÓ y HERNÁNDEZ, 1998).

En cuanto a estudios de arte ha habido nuevos descubrimientos, como la cueva del Moro (BERGMANN, 1996 y 2000; RIPOLL y MAS, 1996; MAS *et alii*, 1997), la cueva de Atlanterra (RIPOLL y MAS, 1999), Manga de Villaluenga (VR-7 y VR-15) (GILES, GUTIÉRREZ, SANTIAGO y MATA, 1996 y 1999) y Gibraltar (BALBÍN, ALCOLEA, MOURE y GONZÁLEZ, 2000). Se han documentado grabados y pinturas de cérvidos, cápridos, équidos, así como motivos lineales y series de trazos y puntos.

También se ha desarrollado un modelo explicativo; por ejemplo, enfoques sociales en la línea de agregación social y de análisis de las manifestaciones simbólicas como modelo de comunicación (ARTEAGA, RAMOS y ROOS, 1998; CANTALEJO y ESPEJO, 1998; CANTALEJO, ESPEJO y RAMOS, 1997). En la línea de valorar los símbolos expresados como identificación social de territorios (ARTEAGA, RAMOS y ROOS, 1998: 95), las cuevas con pinturas ofrecen perspectivas de identificación de nexos parentales, presentando modelos de expresión de estilos como generación de relaciones sociales vinculadas a distintos territorios (CASTAÑEDA, 2000a; RAMOS, CANTALEJO y ESPEJO, 1999; RAMOS *et alii*, 1998).

Señalar también el estudio con modelos estructurales de diferentes paneles, dentro de la cueva de la Pileta (SANCHIDRIÁN, 1996). Su análisis sugiere diferentes ocupaciones, desde la óptica estilística (Solutrense —Horizontes A, B, C, D y E— y Magdaleniense avanzado —Horizontes F, G, H e I—), que vienen a avalar, con la sucesión de paneles y temas, una variedad de ocupaciones que permitiría abrir también para Pileta explicaciones en la línea de comprobar diferentes agregaciones (CANTALEJO y ESPEJO, 1998).

Madrid (Javier Baena y Carmen Conde)

En la actualidad poseemos importantes trabajos de síntesis que nos permiten pasar por alto un examen en detalle de la historiografía previa a las últimas décadas (Rus, 1987; BAENA *et alii*, 2000). Recordemos que la investigación sobre la Prehistoria madrileña fue pionera en toda la Península. Ejemplo de ello fue el yacimiento de San Isidro, que dio lugar a numerosas publicaciones en diversos medios, dentro y fuera de nuestra Península, creando con ello las bases de una nueva disciplina científica en nuestro país. El río Manzanares vino con ello a convertirse en un centro de atención esencial dentro de los estudios de la Prehistoria peninsular. La labor de investigación en Madrid pasa por dos momentos principales. Una primera fase desde 1917 a 1936, desarrollada gracias a la labor de investigadores como H. Obermaier, P. Wernet y J. Pérez de Barradas, quienes en la primera mitad de este siglo excavaron yacimientos paleolíticos tan importantes como Las Delicias, Las Carolinas, o las canteras de Vallecas (OBERMAIER, WERNET y PÉREZ DE BARRADAS, 1921), entre otros muchos. Estos investigadores fueron los encargados de realizar los principales hallazgos prehistóricos y a su vez los creadores de las primeras secuencias culturales en nuestro entorno (PRIEGO, 1999). Gracias a estos autores hoy tenemos numerosas informaciones del Paleolítico del valle del Manzanares, que de otra forma no se habrían conocido. Después de este momento de esplendor, con la llegada de la guerra civil las investigaciones sobre el Paleolítico disminuyeron bruscamente. Únicamente se produjeron algunos trabajos sin demasiado rigor a partir de los años cuarenta del pasado siglo, de la mano de Martínez Santa-Olalla.

Un segundo momento importante es el de las décadas de los setenta y los ochenta. En este periodo los trabajos realizados evolucionan merced a modelos exteriores y a la introducción de nuevas líneas de investigación (arqueozoología, palinología, estadística, etc.), junto con la arqueología de manera interdisciplinar, poco desarrollados hasta el momento en nuestra zona (Santonja *et alii*). Entre los investigadores más destacados del *equipo de Madrid* (ESTÉVEZ y VILA, 1999: 234) durante estos momentos no podemos dejar de citar a M. Santonja y M.^a Querol (1975, 1977, 1979 y 1980, entre otros muchos), CABRERA (1975), RUS (1987), G. Vega (con I. Rus en 1984), ENAMORADO (1984a, 1984b, 1989), C. Fernández Rojas (1982), GAMAZO (1982 y 1985), COBO, GAMAZO, HOYOS y SOTO (1979 y 1980), A. Martínez de Merlo (1984), J. Sánchez (1985), C. Rodríguez (1984),

sin olvidar la colaboración desde otros campos de A. Pérez González, M. Hoyos, E. Soto o C. Sesé, entre otros muchos.

Tras esta fase hemos dado paso a una etapa de vacío (RUBIO, PANERA y MARTOS, 1999) en cuanto a investigación, que coincide con la llegada de la nueva Ley de Patrimonio en 1985 y con la transferencia de competencias en patrimonio y arqueología entre la Diputación Provincial de Madrid y la Comunidad Autónoma. Comienza a partir de estos momentos a surgir la denominada *arqueología de gestión*, que vendrá a provocar un cambio drástico en el enfoque que se va a dar a la investigación (BAENA, CONDE, CARRIÓN y PASTOR, 2000). La propia crisis de algunos de los investigadores que habían desempeñado un papel esencial en la dirección de la investigación sobre el Paleolítico madrileño producirá un frenazo en este campo. Esta doble situación ha conducido en la actualidad a la falta de proyectos globales de investigación para el Paleolítico de Madrid y un claro distanciamiento, que a nada bueno puede conducir, entre los centros de investigación (especialmente las universidades) y la propia Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid.

Los yacimientos paleolíticos que se excavan a partir de este momento se limitan únicamente a urgencias arqueológicas provocadas por la expansión urbana de Madrid, que por su crecimiento comienza a necesitar nuevas infraestructuras (autopistas como la M-45, M-50, R-3, el AVE, el metro, conducciones de gas, etc.) gestionadas por la administración autonómica y adjudicadas a empresas privadas. En el mejor de los casos su labor de investigación, aun siendo correcta, no trasciende a los ámbitos científicos dado el enorme retraso en la publicación de las series de la Comunidad de Madrid, pero en general la labor de estas empresas se limita al trabajo de campo y a informes que cubren el expediente administrativo. La organización de esta esperada *arqueología de gestión* ha conducido estos últimos años a serios problemas: primero, a la falta de adecuación entre la especialidad de los arqueólogos y el periodo excavado o prospectado (especialmente grave en el caso del Paleolítico); segundo, dada la falta de infraestructura hasta la creación del Museo Regional de la Comunidad de Madrid, a la dispersión del patrimonio, por lo que se dan múltiples depósitos privados de documentación de campo y materiales (a veces tantos como actuaciones); en tercer lugar, a la falta de control científico de los avances producidos en este campo, y fruto de todo ello, la ausencia de verdadera investigación en los yacimientos paleolíticos, que a la larga

exigirán futuras reexcavaciones en los museos, con los problemas que, debido al paso del tiempo, ello comporta.

Esta imagen pesimista no puede ocultar el hecho de que durante estos últimos diez años se han llevado a cabo actuaciones concretas entre las que querríamos destacar, en orden cronológico, las de Arroyo del Piojo (BAENA, 1990), Soto e Hijos (BAENA, 1989, 1992, 1994b) o Las Fronteras (BAENA e IBÁÑEZ, 1996), estos tres últimos dentro de lo que hemos definido como *facies de talleres* para el ámbito madrileño. Igualmente cabe destacar por la valentía al publicar al menos su existencia, los trabajos de Pedazo del Muerto (LÓPEZ, ORTIZ y RODRÍGUEZ, 1996), La Dehesa (RODRÍGUEZ, ARIAS y HERNÁNDEZ, 1996) o Salmedina. También hay que destacar los trabajos en yacimientos previamente conocidos, como la publicación de Orcasitas (QUERO, 1994) o las excavaciones de Transfesa-El Espinillo (SILVA *et alii*, 1997).

En los últimos años parece haber un intento de superación gracias a una mayor sensibilidad por parte de instituciones e investigadores particulares. Nuevos proyectos de investigación han sido recientemente concedidos por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la CAM bajo el título *Puesta en valor de las primeras ocupaciones humanas en la cuenca de Madrid*; el objetivo, entre otros, es continuar con los trabajos de prospección en ámbitos fluviales, perfilar la secuencia del Jarama y establecer un programa de dataciones absolutas (especialmente en la unidad Arganda IV) que nos permita conocer mejor el poblamiento de la cuenca de Madrid (RUBIO, PANERA y MARTOS, 1999; PANERA, MARTOS y RUBIO, 2000 y 2001).

En esta línea positiva hay que destacar la reciente remodelación del Museo de San Isidro en Madrid y la creación del Museo Regional de la Comunidad de Madrid. Estas dos instituciones, y la positiva política con que nacen, abren una vía de solución a algunos de los problemas que para el Paleolítico venimos planteando. Para que ello sea efectivo resultará imprescindible establecer una adecuada dotación, tanto de infraestructuras como de personal, a este tipo de instituciones.

Esta prolongada y tortuosa tradición investigadora sobre el Paleolítico madrileño ha propiciado una compleja sucesión de estilos y planteamientos de trabajo que impiden ofrecer una visión coherente al estudio del Paleolítico en nuestra región.

Parece que uno de los antiguos problemas del Paleolítico de la zona, dispersión y falta de control de los materiales arqueológicos, puede tener vías de so-

lución merced a la labor que actualmente desarrollan los museos de nuestra comunidad, y en especial los de ámbito municipal y comunitario. No obstante, nos consta que en la actualidad la falta de control en algunas zonas de Madrid sigue nutriendo importantes colecciones privadas.

El problema del empleo de distintos criterios en la clasificación y estudio de los conjuntos madrileños parece ser algo secundario si consideramos que por el momento resulta más importante reiniciar una verdadera investigación del Paleolítico en la región. No obstante, en los últimos trabajos sigue existiendo una tendencia a emplear procedimientos de análisis clásicos (como el de Bordes) frente a otras posibles alternativas (DIBBLE y WHITTAKER, 1981; BOËDA, 1988; CARBONELL *et alii*, 1992, etc.).

La compleja génesis y evolución de los depósitos de terraza, principal fuente de yacimientos, es otro de los problemas que lastran la investigación del Paleolítico madrileño. Aún carecemos de un proyecto integrado por paleolitistas, arqueólogos, geólogos, edafólogos y paleontólogos, que permita, si no conservar, al menos documentar los espacios aún no afectados por el avance urbanístico e industrial.

A los problemas derivados de la formación del registro arqueológico hay que sumar las particulares características que tiene una gran urbe en crecimiento. La falta de medios imposibilita el control estricto de todas las actuaciones urbanísticas y de infraestructura realizadas en nuestro territorio. Además, la formulación de los BIC y dentro de ellos las zonas arqueológicas, que vienen a salvaguardar el patrimonio arqueológico y paleontológico en ellas contenido, se formulan a partir de cartas arqueológicas, que por lo general documentan mejor los yacimientos de periodos postpaleolíticos.

Otro problema no menos importante es el sesgo generado por las actividades extractivas y urbanísticas. Ejemplo de ello es el desconocimiento casi absoluto sobre la ocupación paleolítica de la sierra, los bordes de la cuenca sedimentaria o, igualmente, en los cursos fluviales secundarios, como los del Tajuña o el Guadarrama.

Igualmente, la escasez de dataciones absolutas para los yacimientos paleolíticos de la zona nos obliga a construir una secuencia cultural para la región basada en criterios geológicos, faunísticos y, lo que puede ser más arriesgado, tipológicos.

Con todo, el problema más serio con el que nos enfrentamos es el incumplimiento de artículos y normas de los planes de la propia Comunidad de Madrid, que establecen la necesidad de «potenciar la difusión

del conocimiento del mismo patrimonio cultural», así como de fomentar «los trabajos de investigación, protección [...] y difusión de los bienes de interés histórico artístico y cultural» (art. 10.6.1 y 10.6.3 del Plan de Ordenación de Recursos Naturales). La realidad es que el acceso a la información arqueológica en nuestra comunidad está restringido, y así no se puede investigar.

Castilla-La Mancha (M. López Recio y J. Baena Preysler)

En contraposición a la enorme tradición historiográfica del Paleolítico de otras áreas, el área de Castilla-La Mancha ha suscitado una menor atención en este campo, incluso en obras de síntesis recientes (ESTÉVEZ y VILA, 1999). La falta de investigación en este ámbito podría ser la causa de que los trabajos existentes se centren fundamentalmente en aspectos relacionados con la valoración del patrimonio paleolítico de la zona desde propuestas analíticas tradicionales. Pero ello no sería una razón para omitir la realidad de los trabajos acometidos en esta área, especialmente renovados en los últimos años.

Hasta el presente, los únicos trabajos de conjunto para toda la región castellano-manchega son los publicados con motivo del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (1988). Entre ellos podríamos destacar los de A. Caballero Klink, verdadera puesta al día sobre la información sobre el Paleolítico en Castilla-La Mancha (CABALLERO KLING, 1988). Por su parte, E. Vallespí, A. Ciudad Serrano y R. García Serrano realizan un estudio de corte clásico del poblamiento prehistórico de la región con especial atención a los momentos paleolíticos, que son estructurados siguiendo las etapas cronoculturales tradicionalmente admitidas para la Prehistoria (VALLESPÍ, CIUDAD y GARCÍA, 1988). Del mismo modo, J. Serrano Ciudad realiza un nuevo trabajo de síntesis de las primeras fases del Paleolítico de la submeseta sur, basándose en la rigurosa localización y adscripción cultural de los diferentes yacimientos documentados, así como de las secuencias cronoestratigráficas detectadas para las terrazas de los ríos Tajo y Guadiana, ciertamente atrevida en base a los pocos datos relevantes que se poseían (SERRANO CIUDAD, 1988). Por último, J. J. Espadas Pavón realiza una síntesis del entorno geográfico actual de la submeseta sur, puramente teórica, en la que se echa de menos una base palinológica, paleontológica o geomorfológica que posibilite una reconstrucción medioambiental del Pleistoceno más ajustada (ESPADAS, 1988).

Toledo

El estudio del Paleolítico de la provincia de Toledo ha carecido hasta fechas recientes de proyectos de investigación dirigidos a la sistematización de la ocupación paleolítica de la provincia; hasta el presente están basados en hallazgos aislados superficiales, poco representativos y desprovistos de contextualización geológica, diseminados por las terrazas fluviales de la cuenca media del Tajo.

El punto de partida de la investigación paleolítica de la provincia, abordada desde el más estricto rigor científico, debe situarse en el ya conocido estudio realizado por M.^a A. Querol y M. Santonja sobre Pinedo, que es el primer yacimiento achelense excavado de forma sistemática en la Meseta (QUEROL, 1976 y 1984; SOTO, 1979; QUEROL y SANTONJA 1979a, 1979b y 1980 principalmente), incluido sucesivamente en las síntesis del Paleolítico de la Meseta y peninsular (RAPOSO y SANTONJA, 1995; SANTONJA, 1981a, 1981b, 1989, 1992 y 1996; SANTONJA y PÉREZ-GONZÁLEZ, 1997; SANTONJA y QUEROL, 1977a y 1977b; SANTONJA y VILLA, 1990, entre otras).

Durante el periodo de excavación de dicho yacimiento se realizaron prospecciones en otros puntos de las terrazas del río Tajo en esta provincia, con el objetivo de conseguir referencias cronoestratigráficas válidas. Así se localizan industrias líticas achelenses antiguas pero muy dudosas en Talavera de la Reina, El Espinar (Almonacid) y el polígono industrial de Toledo (SANTONJA, 1981a, 1981b y 1983, Santonja y Querol, 1982). Los trabajos de prospección de la década de los ochenta del siglo XX, principalmente llevados a cabo por la Diputación Provincial, irán sacando a la luz nuevas localizaciones paleolíticas, cuyos conjuntos industriales irán componiendo las colecciones del Museo de Santa Cruz de Toledo, así como del Seminario de Datos Históricos de Talavera y su Comarca (actualmente depositadas en el Museo Ruiz de Luna).

El peso de la tradición tipológica madrileña se aprecia en los trabajos de J. Enamorado, quien realiza un análisis puramente tipológico de los conjuntos de bifaces localizados en Pantoja (ENAMORADO, 1988), así como una mera distribución espacial y catalogación de restos líticos hallados en el occidente de la provincia (ENAMORADO, 1992). Sin embargo, dicha investigadora, con motivo de una comunicación en el Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo, propuso un interesante proyecto de investigación para profundizar en el conocimiento de la ocupación pleistocénica del valle medio del río Tajo,

en la que recoge la necesidad de avanzar en los trabajos de prospección sistemática de la zona, con el apoyo de estudios geológicos y paleontológicos, ambicioso proyecto que no llegó a materializar posteriormente (ENAMORADO, 1990). Del mismo modo, en dicho congreso se presentó otro trabajo en relación con los modelos de captación de recursos líticos en la zona, limitado por la escasez del propio registro arqueológico (FERNÁNDEZ GALLEGO, 1990).

Recientemente, en el II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo, se ha revisado y criticado de forma constructiva el panorama de la investigación sobre el Paleolítico de la provincia, con una extensa recopilación historiográfica de los trabajos realizados hasta la fecha, así como del registro paleolítico existente (incidiendo en las zonas de mayor potencial arqueológico) y una actualización de la secuencia cronoestratigráfica válida en el momento actual (basándose fundamentalmente en los trabajos de SANTONJA y PÉREZ-GONZÁLEZ, 1997, y ALFÉREZ, 1999).

Como hemos apuntado anteriormente, en la actualidad se están llevando a cabo dos prometedores proyectos de investigación de carácter interdisciplinar, los cuales incluyen estudios geomorfológicos, geológicos y faunísticos, en caso de que se conservaran. En primer lugar, J. M.^a Rodríguez de Tembleque Moreno, junto a M. Santonja y A. Pérez-González, pretenden, mediante el proyecto *Primeras ocupaciones en la cuenca media del Tajo*, llegar a una visión general del poblamiento del Paleolítico inferior documentado en las terrazas del Tajo, así como sus afluentes principales comprendidos dentro del límite administrativo provincial, mediante una aproximación a la secuencia del valle del Tajo.

Por otro lado, M. López Recio y J. Baena Preysler, en colaboración con J. A. González Martín, buscan a través del proyecto *La ocupación paleolítica de la comarca de La Mancha: sector sureste de la provincia de Toledo*, una aproximación al modelo de ocupación y explotación del medio durante el Paleolítico inferior y más concretamente el Paleolítico medio en dicha comarca, teniendo en cuenta la propia significación de cada yacimiento, en relación a áreas de aprovisionamiento de recursos líticos, áreas de ocupación más estables, etc., en un área caracterizada por la presencia de zonas endorreicas de gran interés. Este último proyecto ha sido iniciado recientemente con motivo de la prospección arqueológica y estudio del conjunto lítico del cerro del Molino de San Cristóbal (Camuñas), uno de los pocos yacimientos musterienses documentados hasta el

momento en la provincia (LÓPEZ RECIO, 2000; LÓPEZ, BAENA, VÁZQUEZ y GONZÁLEZ, e. p.).

Ciudad Real

En el contexto de la submeseta sur, una gran mayoría de estudios enfocados al Paleolítico inferior y medio se concentran en la provincia de Ciudad Real durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, basándose en la abundancia de prospecciones sistemáticas y el estudio morfotécnico de los conjuntos hallados, en ocasiones, por aficionados locales. Ejemplos de ello son los estudios de Porzuna (VALLESPÍ, CIUDAD y GARCÍA, 1979 y 1985), así como el resto de la cuenca del Bullaque (CIUDAD SERRANO, 1980), el Campo de Calatrava (SANTONJA y QUEROL, 1983; SANTONJA y REDONDO, 1973; SANTONJA, QUEROL y PEÑA, 1977), el Campo de San Juan y Montes de Toledo (CIUDAD, GARCÍA, CABALLERO y FRANCIA, 1983; ESPADAS, 1984; SANTONJA y QUEROL, 1976; SANTONJA, QUEROL, PÉREZ y HOYOS, 1975), la zona de las Lagunas de Ruidera (JIMÉNEZ, CHAPARRO y ALCOLEA, 1982) y el valle del Jabalón (ESPADAS, 1985; VALLESPÍ, CIUDAD y GARCÍA, 1980).

Principalmente en la década de los setenta, el equipo encabezado por M. Santonja y M.^a A. Querol se propuso realizar una sistematización regional y la consecución de secuencias cronoestratigráficas mediante prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en las terrazas del río Guadiana, el curso final del río Jabalón y el Campo de Calatrava, incluyendo sus resultados en síntesis del Paleolítico de la Meseta (SANTONJA, 1981a, 1981b, 1989). Del mismo modo, A. Ciudad Serrano y sus colaboradores siguieron en la década siguiente los trabajos de campo iniciados extendiendo el área de estudio a toda la provincia (CABALLERO, GARCÍA y CIUDAD, 1983; CIUDAD SERRANO, 1980, 1984, 1985, 1986a y 1986b; CIUDAD, GARCÍA y CABALLERO, 1980-1981; CIUDAD, GARCÍA, CABALLERO y FRANCIA, 1983). La mayoría de estos trabajos se centraban, fundamentalmente, en la localización geográfica de los yacimientos, así como en el análisis de sus conjuntos líticos, siguiendo la tipología *bordésiana*.

Un salto cualitativo importante se produce en las investigaciones de la provincia con el trabajo basado en la prospección sistemática del yacimiento Casa de la Mina II (Argamasilla de Alba), cuyo conjunto industrial es analizado desde el punto de vista tecnológico, siendo la metodología empleada el análisis de las *cadena operativa* llevadas a cabo en dicho yacimiento (MARTÍN, JIMÉNEZ, SANGUINO y GÓMEZ, 1994).

Siguiendo en esta línea innovadora, A. Ciudad Serrano propone una nueva visión para la explicación de la variabilidad lítica de los conjuntos industriales paleolíticos realizados en cuarcita local de la provincia, siendo la materia prima un factor determinante en el tipo de explotación lítica (CIUDAD SERRANO, 1996).

Albacete

La tradición paleolitista en esta provincia es muy pobre; uno de los yacimientos más emblemáticos es la cueva del Niño (Ayna), excavada en 1973 por un equipo internacional dirigido por E. S. Higgs, I. Davidson y F. Bernaldo de Quirós, en cuyo interior aparecieron materiales líticos musterienses, así como restos de arte parietal (ALMAGRO GORBEA, 1971 y 1972; HIGGS, DAVIDSON y BERNALDO DE QUIRÓS, 1976).

Un intento posterior es el protagonizado por los trabajos realizados en la sierra de Segura por Córdoba de Oya y Vega Toscano (CÓRDOBA y VEGA, 1988), de los que no contamos hasta el momento más que con un avance.

En la década de los noventa, se llevan a cabo estudios interesantes a nivel comarcal por parte de investigadores vinculados a organismos públicos de Murcia, como los del sur de la provincia (Campo de Hellín y cuenca del río Mundo) (LÓPEZ CAMPUZANO, 1993-1994; LÓPEZ y JORDÁN, 1995; MONTES y RODRÍGUEZ, 1985; MONTESM, MARTÍNEZ y JORDÁN, 1994), destacando los trabajos sobre el yacimiento de El Pedernaloso (JIMÉNEZ, JORDÁN y AYALA, 1995-1996; MONTES, RODRÍGUEZ y JORDÁN, 1986). Estos trabajos se basan en la metodología de estudio de la escuela francesa de las *cadena operativa*, prestando atención a la correcta contextualización geomorfológica y geológica de los yacimientos estudiados.

Paralelamente a los trabajos mencionados anteriormente, SERNA (1994, 1999) vuelve a los trabajos morfotécnicos clásicos para esbozar una sistematización del Paleolítico inferior y medio en la cuenca alta del Guadiana del sector noroeste de la provincia de Albacete, así como en otras zonas de dicha provincia, como son el río Mundo y el Campo de Hellín, documentadas con anterioridad por dicho investigador (SERNA, 1990).

Cuenca

La provincia de Cuenca no cuenta con prácticamente ninguna investigación enfocada al Paleolítico,

y las únicas referencias arqueológicas con que contamos son bastante antiguas (OSUNA, 1975; MARTÍNEZ NAVARRETE, 1977). El yacimiento mejor conocido es el abrigo de Verdelpino, con niveles de Paleolítico superior (MOURE y FERNÁNDEZ, 1977; MOURE y LÓPEZ, 1979). El escaso conocimiento del momento paleolítico de dicha provincia no parece corresponder con la realidad arqueológica, ya que la abundancia de formaciones kársticas augura una mayor riqueza de restos paleolíticos. Por ello se deberían iniciar proyectos dirigidos a la localización de yacimientos paleolíticos en la provincia, teniendo en cuenta las posibilidades que ofrece el terreno, tanto de contextos de cueva como de terrazas fluviales.

Guadalajara

Se trata sin duda de la provincia castellano-manchega con mayor tradición en este campo, marcada por el descubrimiento a principios de siglo de las cuevas de los Casares y la Hoz (Riba de Saelices) estudiadas en profundidad por J. Cabré y H. Obermaier entre otros. Posteriormente se han tratado aspectos concretos del arte parietal de estas cuevas, de entre los que destacamos los trabajos de BELTRÁN y BARANDIARÁN (1968), BARANDIARÁN (1974) y JORDÁ CERDÁ (1983), así como la monografía de la excavación de la cueva, que ofreció una importante ocupación musteriense (BARANDIARÁN, 1973).

De igual manera, en los años setenta se llevan a cabo trabajos de campo mediante los cuales se siguen localizando yacimientos paleolíticos, aunque desprovistos de un proyecto global de actuación, como son La Olmedilla (Sacedón) (GILES, 1970; CUADRADO y GILES, 1971) y el abrigo de Tamajón (CABRERA y BERNALDO DE QUIRÓS, 1979; BERNALDO DE QUIRÓS y MAYOR, 1980).

El panorama investigador cambia en la década de los ochenta, con la puesta en marcha de un proyecto de investigación en el alto valle del Jarama, mediante prospecciones y excavaciones arqueológicas efectuadas por un equipo interdisciplinar dirigido en primera instancia por F. Jordá Cerdá y posteriormente por F. J. Jordá Pardo y M. A. García Valero, con la consiguiente documentación de numerosos yacimientos (ADÁN *et alii* 1995; JORDÁ PARDO, 1988 y 1993; JORDÁ *et alii*, 1989), como son Jarama I (ESTRADA, JORDÁ y PASTOR, 1992), Jarama II, con ocupaciones de Paleolítico superior y evidencias de arte mueble (ADÁN, GARCÍA, JORDÁ y SÁNCHEZ, 1989; ADÁN y JORDÁ, 1989; JORDÁ PARDO, 1986; JORDÁ *et alii*, 1988; JORDÁ PARDO y GARCÍA VALERO,

1989), Jarama VI, con una importante contribución al musteriense regional, y la cueva de los Torrejones (ARRIBAS, DíEZ y JORDÁ, 1995); en próximos congresos se esperan nuevos resultados de esta zona.

Por otro lado, en la década de los noventa, el equipo formado por investigadores de la Universidad de Alcalá de Henares y dirigido por R. Balbín lleva a cabo un proyecto de investigación de gran interés, cuyo objetivo es la sistematización del poblamiento en el alto Tajo durante el Paleolítico superior (ALCOLEA, GARCÍA y ALCAINA, 1995), incidiendo fundamentalmente en la revisión del arte paleolítico (BALBÍN y ALCOLEA, 1994) documentado a principios de siglo en la cueva de Los Casares (BALBÍN y ALCOLEA, 1992) y La Hoz (BALBÍN, ALCOLEA, MORENO y CRUZ, 1995b), así como el descubrimiento de nuevas estaciones con arte parietal, como la cueva del Turismo (ALCOLEA, BALBÍN, GARCÍA y CRUZ, 1995) y la cueva del Reno (ALCOLEA, BALBÍN, GARCÍA y JIMÉNEZ, 1997; ALCOLEA *et alii*, 1997), y nuevas evidencias de arte mueble, como en la cueva de La Hoz (BALBÍN, ALCOLEA y CRUZ, 1995).

Finalmente, en la segunda mitad de los noventa se pretende realizar sistematizaciones regionales, tanto de Paleolítico medio como de Paleolítico superior, por lo que M. A. García Valero realiza una visión general del poblamiento de las comunidades del Paleolítico medio en el alto valle del Jarama y Sorbe (GARCÍA VALERO, 1995 y 1997), del mismo modo que J. Pastor para el caso del curso final del río Sorbe en el Paleolítico superior (PASTOR, 1998).

León (F. Bernaldo de Quirós y A. Neira)

Las evidencias del Paleolítico superior en la actual provincia de León son aún escasas. Los trabajos realizados en los últimos cinco años se han centrado en los yacimientos situados en los rebordes montañosos que circundan la cuenca, como son la cueva de la Uña y la continuación en el yacimiento del Espertín, donde el desarrollo de la excavación ha cambiado nuestra previa proposición de un Paleolítico superior final hacia un Epipaleolítico geométrico.

La cueva de la Uña se sitúa en un afloramiento calizo próximo a la cabecera del río Esla, en su margen izquierda, a más de 1200 m de altitud. Estos trabajos han continuado en 1999, ampliando el área de excavación. Hasta el momento se han localizado cuatro niveles, de los que nos interesan ahora la parte inferior del primero y los otros tres, que se localizan debajo, pues son los que corresponden a los momentos cronológicos que estamos comentando.

La industria lítica, muy numerosa, contiene un conjunto de elementos que nos permiten situar la ocupación de los niveles señalados anteriormente en los momentos finales del Paleolítico superior. Desde el punto de vista tecnológico debemos reseñar la presencia de hojas y hojitas, aunque existe también un número considerable de lascas. Entre las piezas retocadas destacan, por su abundancia, los raspadores, principalmente de pequeñas dimensiones, y las hojitas retocadas, sobre todo de dorso; hay también varias puntas azilienses, un número apreciable de buriles, fundamentalmente diedros, y otros elementos como truncaduras, perforadores, etc. Esta adscripción puede precisarse aún más, gracias a la aparición de pequeños fragmentos de arpones planos realizados sobre hueso. Estos instrumentos han sido, desde casi los comienzos de la investigación prehistórica, el principal elemento indicador del Aziliense.

El tercer nivel resulta especialmente interesante. Aunque es el único que no ha proporcionado restos de arpones azilienses, contenía tres pequeños fragmentos óseos, uno de ellos menor de 1 cm², cuya importancia radica en ser las primeras manifestaciones de arte mueble localizadas en esta provincia. En efecto, mediante grabados realizados con instrumentos líticos, posiblemente buriles, se trazaron en ellos motivos geométricos lineales muy simples. En una de las piezas el tema lo componen cinco líneas verticales y paralelas realizadas con incisiones profundas y anchas. En otra, que sigue la misma tónica de líneas paralelas anchas y profundas, las líneas representadas son tres, aunque en uno de los trazos exteriores se puede apreciar una pequeña incisión lateral de forma triangular. La pieza más pequeña está grabada por las dos caras y ahora el trazo es mucho más fino y superficial, lo que dificulta su lectura. En una de ellas se presenta un haz de líneas paralelas interrumpidas por otro haz que discurre oblicuamente a él. En la otra, el motivo es un haz de líneas paralelas.

Otro hallazgo significativo de este nivel es la aparición de un hogar. Aunque solo está parcialmente excavado, parece estar formado por una pequeña cubeta rodeada por piedras, que también se localizan en su interior formando varias capas. Es importante señalar que se situó en el centro de la cavidad, concretamente en la zona donde el techo es más elevado, lo que favorecería el tiro impidiendo la acumulación de humos.

No podemos dejar de destacar el descubrimiento de dos líneas paralelas grabadas en la pared de la cueva. Este tipo de representaciones, si bien no son espectaculares, sí podrían implicar la primera presen-

cia de arte rupestre en la provincia. Este tipo de grabados se ha detectado en varios yacimientos de la región cantábrica, como la cueva del Perro, en Santoña, la cueva de El Linar, cerca de Cabezón de la Sal, o Cueto de la Mina, en Posada de Llanes. Su cronología se ha situado también en momentos finales del Paleolítico, con lo que no desentonarían dentro del mundo Aziliense descubierto en la excavación.

Sobre la cronología de los niveles azilienses de esta cavidad debemos señalar que parece corresponder a una fase clásica de esta cultura. Aunque aún están en curso las dataciones por C¹⁴, las características de la industria lítica y la presencia del corzo apuntan a que estamos ya en los primeros momentos del Holoceno.

El otro yacimiento que debemos citar es la cueva del Espertín, del que se ha excavado en extensión un único nivel fértil desde el punto de vista arqueológico. Respecto a los materiales recuperados en el nivel fértil, debemos señalar en primer lugar la industria lítica, que constituye el conjunto más amplio de elementos encontrados. Las características de este yacimiento son muy peculiares, pues su industria lítica recuerda en muchos aspectos a la del final del Paleolítico superior, sin que encontremos todos los elementos definidores del Aziliense. Por este motivo, en un primer momento atribuimos esta ocupación a los momentos finales del Magdalenienense. Sin embargo, durante la última campaña de excavación, aparecieron una serie de microlitos geométricos que solo se conservaban en la zona menos erosionada del yacimiento. Pensamos que su presencia en el área menos alterada es debida a que su pequeño tamaño hizo que el agua los arrastrase más fácil y rápidamente que a otros restos en las zonas sobre las que actuó intensamente.

La importancia de los microlitos geométricos radica en que, por un lado, nos permitieron descartar la adscripción del yacimiento al Paleolítico superior y, por otro, nos indican su relación con una serie de yacimientos del oriente de Asturias (como la cueva de los Canes), situados en la depresión prelitoral de la zona de Cabrales y que presentan en una parte de su estratigrafía este mismo tipo de piezas, realizadas sobre materias primas muy semejantes a las del Espertín. El carácter mesolítico del yacimiento se ha visto confirmado por una datación de C¹⁴ que ha proporcionado una fecha de 7790 ± 120 años antes del presente. Esta datación también aproxima la ocupación leonesa a las cuevas de Cabrales —estudiadas por P. Arias y su equipo—, que tienen fechas parecidas.

La industria ósea encontrada se reduce a un

anzuelo recto, fabricado en asta, biapuntado y con las típicas muescas laterales para sujetar el cordel. Este tipo de anzuelo, anterior a los curvos modernos, si bien es característico del periodo, no es muy abundante, lo que acentúa el interés de este yacimiento. También debemos citar la aparición de una *trivia*, una pequeña concha marina, que tenía un agujero de parásito. Este agujero fue ampliado artificialmente para poder pasar algún tipo de hilo que permitiera llevar la concha suspendida —formando parte de una pulsera, un collar, un cinturón, etc.— o cosida a la ropa.

La presencia de un Epipaleolítico geométrico en fechas relativamente tempranas resulta muy esclarecedor, pues su presencia en la zona occidental se vinculaba hasta hace poco a momentos más avanzados de la Prehistoria, generalmente relacionados con la neolitización. Esta presencia *temprana* de microlitos en la zona occidental creemos que no solo está llenando un vacío en la investigación sino que también nos puede llevar a replantear las opiniones que teníamos sobre las relaciones y contactos existentes en ese momento entre los grupos humanos del oriente y del occidente de la cordillera y también entre sus vertientes norte y sur, y especialmente valorar su correlación con los niveles asturianos del oriente de Asturias.

Como conclusión debemos considerar cómo el

Paleolítico superior se circunscribe por el momento a las áreas montañosas, que en muchos aspectos son la única zona donde podemos encontrarlos. La zona centro y el sur de la provincia están dominadas por la cuenca sedimentaria y no ofrecen muchas posibilidades para la conservación de los yacimientos de este periodo. En primer lugar debemos considerar el escaso desarrollo de los suelos, pues en la mayor parte del territorio se observa cómo aflora o bien la raña —en las zonas de páramo— o directamente las series de gravas de las terrazas fluviales. Sobre estas series se encuentran yacimientos de época calcolítica (NEIRA, 1997), muchos de ellos con industria lítica, lo que en algunos casos ha confundido a los investigadores, como podría ser el caso del yacimiento de Ardón (NEIRA y BERNALDO DE QUIRÓS, 1996). Por otro lado no debemos olvidar el intenso trabajo agrícola que desde el Neolítico ha alterado los depósitos, lo que, junto al pequeño tamaño de los materiales de este periodo, hace casi imposible encontrarlos. Estos condicionantes nos hacen considerar como arriesgados algunos de los planteamientos expresados por STRAUS (1999), que plantean un abandono del territorio de la cuenca del Duero durante este periodo. La falta de yacimientos no debe verse únicamente como el resultado del abandono del territorio, sino que debemos considerar otras causas como las expresadas para explicar la ausencia de los mismos.